

CERO A LA IZQUIERDA

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A., 1965.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 31.458.
Santiago de Chile,
1966.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

P O L I D E L A N O

CERO
a la izquierda

Z I G - Z A G

I

—¿DÓNDE ESTÁ Pereira? —preguntó el inspector De la Jara.

Un muchachito que cruzaba el patio hacia los retretes se detuvo en seco y se cuadró casi militarmente.

—No tengo idea, señor inspector.

Había que decirle “señor inspector”.

—¡Búsquelo y dígame que venga de inmediato!

El niño dio media vuelta y partió a toda carrera. De la Jara, apretándose la barbilla con la mano, paseó lentamente y sin rumbo por el patio.

Al comienzo, cuando entró al colegio como profesor de historia, modestamente, acaso sin otras pretensiones, impresionó (a las muchachas porque era buen mozo y a pesar de su leve cojera veían “algo” en él; a los hombres, porque parecía duro), y su personalidad fue vastamente discutida. Se convirtió en el

“tema” y durante algunos meses hasta provocó polémicas entre nosotros, entre quienes creían que se necesitaba ahí una mano firme y los que se quedaban, sin discusiones, con el reloj. (Personalmente, me disgustó desde el primer momento. No porque le tuviera miedo, ni porque fuera demasiado antipático, sino porque me reventaba la sangre el hecho de que todas las muchachas, inclusive Lilian, lo encontraran tan buen mozo, tan atractivo, cuando en realidad no lo era. No sería tal vez un monstruo demasiado horrible, pero le faltaba mucho para llegar siquiera a pasable. Con sus arrugas en la cara y ese rengueo desesperante.) Pero más adelante, debido posiblemente a la falta de seguridad que le notaron algunos y a dos o tres anécdotas de él que nos contó otro profesor, se le perdió el respeto y se le echó un poco al olvido. Había pasado también la novedad. No intrigaba ya el porqué de su invariable traje negro, ni se creía tanto en la apabullante dureza que se le achacó al comienzo.

Fue entonces cuando decidió, según parece (aunque, ¿quién puede jurar que no llevaba de antes esas intenciones?), convertirse en dictador, en señor de horca y cuchillo.

En cuanto a profesor, era un verdadero fracaso. Limitaba sus clases a una escueta lec-

tura en voz alta de los breves capítulos del texto. Rara vez interrumpía para explayarse sobre algún tema. Tampoco aceptaba preguntas. Sólo él podía hacerlas en cualquier momento y sobre cualquier punto de la materia que ya se hubiese tratado. Y pobre de aquel que no supiera responderle. Las ofensas y los insultos que debía escuchar, las humillaciones y sornas crueles a que arriesgaba ser sometido, por delitos tan simples e inofensivos como el de equivocarse una fecha o el nombre de algún olvidado soberano.

—¡Usted tiene alma de alcachofa! —le dijo una vez a Lilian, por algún error de años. Y ella, incapaz de sufrir la comparación, estalló en llanto y salió corriendo de la sala.

De la Jara nos dio una inocente mirada, risueña, cómplice. Pero ninguno de nosotros solidarizó con él, nadie pudo celebrarle, porque Lilian era la única mujer del curso y todos estábamos enamorados de ella. Cada uno a su manera. (Era extraordinaria, con sus ojos vivos y rápidos, su voz arroncada, su desgarrado caminar, la soltura cansada de sus movimientos.)

Decir "todos" puede dar una idea falsa de las cosas. Eramos apenas cinco. Un microcurso cuya sala de clases era una de las piezas medianas del caserón, con una mesa redonda en

torno a la cual alumnos y profesor nos congregábamos para el estudio.

Gozábamos de cierta intimidad muy agradable que por nada del mundo hubiésemos querido romper. Casi todos los profesores eran jóvenes y nos llevaban sólo unos pocos años de ventaja, por lo cual podíamos bromear bastante y sentir que no se trataba de algo tan serio eso de ir a clases. Además, los sentíamos mucho más cerca de nosotros. De nuestros problemas, nuestras aspiraciones y de todo lo que más nos preocupaba. Las relaciones se desarrollaban a más no pedir, y las únicas trizaduras habían sido provocadas por la indolencia de Jorge Pereira, a quien podríamos denominar, sin ser injustos, la "oveja negra" del curso. No porque fuera un flojo redomado, ni porque sacara las peores notas en las pruebas —todos pasábamos por esto en ocasiones y sólo Durán era constante y laborioso como una hormiga—, sino por su incontenible agresividad, sus irritantes caprichos, su soberbia de "niño bien". Era, además de todo, el único que no estaba enamorado de Lilian, aunque eso, pensábamos, se debía a que Jorge no podía estar enamorado de nadie. Es decir, no era culpa de Lilian. Pero en lo de que no podía estar enamorado de nadie, nos equivocábamos diametralmente.

Y esa intimidad nuestra no quedaba atrapada entre los cuatro muros de la clase, ni entre los enmohecidos cercos del colegio. Nos seguía a los paseos, a las excursiones, a los bailes con las de tercero. Y con los profesores nos sentíamos libres. Se podía fumar, hablar soezmente, contar chistes de tono subido, jugar dinero a las cartas y hasta visitar algún prostíbulo decente si había plata. Eramos una especie de colonia comunitaria donde la vida transcurría sin dificultades, plácidamente, donde todos nos entendíamos a las maravillas.

Pero cuando llegó De la Jara esa intimidad se trizó en definitiva, como si desde el comienzo su presencia hubiese sembrado una mala semilla que habría de dar brotes. Su presencia negra de luto eterno. Sus ojos vagos. Su cojera. Su caminar presagioso.

Algo se rompió con su llegada.

Dirigía cautelosamente mis pasos hacia las escaleras cuando me sobresaltó la súbita aparición de Chalito, un interno de las preparatorias. Las clases ya habían terminado y los interiores del colegio se hallaban desiertos. Mi sobresalto se debió a que yo no era interno y nada tenía que hacer allí, y también a que me disponía en ese instante a subir al segundo

piso, en una de cuyas alas alojaban las internas, lo cual, conocido por De la Jara, habría merecido quizás qué brutales castigos... Al terminar las clases, después de la formación, me había dirigido a la oficina de Mrs. Conn, la vieja directora inglesa, para pedirle me permitiera visitar a Lilian, que desde hacía cuatro días guardaba cama. Por qué habré sido siempre tan ingenuo. Con su dulce sonrisa la veterana me preguntó —¿la pilla, la pilla que no ignoraba, no podía ignorar ciertas cosas que ocurrían dentro del colegio, pero que sí sabía callarlas bien!—, me preguntó, digo, con su dulce sonrisa, si yo estaba loco o si la creía a ella tonta. Sin embargo, mi decisión era definitiva. Al leer la nota que durante el recreo de las tres y media me entregó Silvia, tomé la irrevocable determinación de subir aquella tarde. Primero había que intentar por las buenas, pero la negativa me dejó un solo camino. La nota decía:

Después de clases, ven como sea. Besos.

LILIAN.

—¿No has visto a Pereira? —me preguntó Chalito cuando me detuve frente a la escalera alfombrada.

—No.

—El señor De la Jara me mandó a buscarlo.

—Quizás esté en su pieza —dije, esperando que Chalito se hiciera humo cuanto antes.

Imagino a De la Jara pensativo, describiendo al caminar por el patio un caprichoso círculo cerca de los ciruelos... El muchacho les resultaba un problema, sí. Aunque también era cierto que los cheques que doña María Luz extendía a nombre del colegio eran ultra generosos. Un problema que producía buenas utilidades. Pero siempre un problema. Si bien no se le podía rechazar, era sí preciso, aun imprescindible, comenzar a adoptar ciertas medidas disciplinarias para hacerlo de una vez hombre e inculcarle sentido de responsabilidad. Es decir, sancionar severamente cada una de sus faltas, por pequeña que fuera.

Esa tarde, poco después de la pelea, lo había sorprendido fumando como si estuviera en su casa. Dar ciento veinte vueltas al trote en torno al patio (no excesivamente amplio) constituía un castigo adecuado a la falta, que, aunque leve, no debía repetirse nunca más.

A los cinco minutos de haber comenzado, el cuerpo casi obeso de Pereira se hallaba literalmente inundado de sudor. Esa fue la ra-

zón por la cual De la Jara, cuando Jorge Pereira le pidió como concesión especial que le permitiese ir hasta su habitación para quitarse los pantalones grises del uniforme y reemplazarlos por un *short* de gimnasia y calzar, además, sus zapatillas de goma antes de completar las vueltas alrededor del patio, creyó conveniente acceder y tan sólo quiso recomendarle que no tardara en volver.

Pero Jorge no volvió.

Pasaron veinte minutos y De la Jara, que daba vueltas cerca de los ciruelos, creyó tal vez haber sido burlado y mandó a un muchachito que cruzaba el patio en busca del ofensor, del transgresor de la ley, para quien planearía ya, con toda seguridad, un castigo más drástico.

En eso precisamente pensaba, según él mismo contó más tarde a la señora María Luz, madre de Jorge, cuando, muy agitado y sorprendido, llegó Chalito corriendo y dando de gritos.

—¡ Señor De la Jara, señor De la Jara!
¡ Sale humo por la ventana del dormitorio! ¡ El
pabellón de los internos se está quemando!

II

AL PRINCIPIO éramos sólo amigos.

Pero un sábado fuimos al Municipal a ver "Coppelia" y a la salida, juntando difícilmente el dinero entre los dos, compramos un número de la Lotería.

La primera cosa que nos unió.

Me refiero al sueño, ya que después caminamos infatigablemente, durante horas, hablando de lo que cada uno haría con su parte del premio: lo que daríamos a nuestros padres para que realizaran algunos de sus largamente albergados anhelos, nuestros viajes, las casas de formas modernas y con piscina, los automóviles, los yates y todo, mientras recorríamos la Avenida Seminario surcada de tranvías, hablando el uno y aprobando el otro, hasta que dijo que lo mejor, para que el premio cundiera mucho más, sería casarnos.

Reímos de la idea y no fue entonces cuando nació el amor.

La revelación se dejó caer otra tarde, un día viernes que nos habíamos encontrado en la "popular" del Marconi, donde por quince pesos veíamos todas las semanas tres películas, algunas buenas, otras malas. Recuerdo con absoluta nitidez que aquella tarde daban "Cruel es mi Destino", es decir, una de las buenas, y que en el preciso momento en que John Garfield huía del reformatorio con Ann Sheridan, Lillian tomó mi mano, reposando sobre el muslo, y la presionó nerviosamente y yo noté un escozor que me recorría el cuerpo y un corazón que latía con mayor violencia.

A partir de aquella vez, jamás nos perdimos película de John Garfield y debo confesar que con el correr de los años he llegado a sentir por él una especie de fijación sentimental... (Películas que ya no se dan, que pasaron de moda sin dejar mucha huella en la historia del cine. Los que hoy son adolescentes se reirían tal vez de aquel realismo sentimental. No se estilaba entonces la rebeldía sin causa, ese desenfreno en el vivir que el rubio James Dean puso en boga. Era otra rebeldía la de los pandilleros del *East Side*, más afincada en la realidad, más teñida también de un romanticismo que hoy no haría vibrar el corazón de una muchacha.)

Se pensará que soy un mentiroso y que

nada de lo que digo es cierto, si se repara en el detalle, por pequeño que sea, de que si Lillian era interna no podría haber ido al cine un día viernes. Debiera yo explayarme en largas disertaciones acerca de la organización y el orden que imperaban en el Jackson College, lo cual verdaderamente no me propongo.

Dúdense, pues, si se quiere, de mi palabra. Yo me limitaré a afirmar que en ese colegio ocurría eso y también cosas peores. Los internos podían salir y regresar a la hora que se les diese la gana, sin que a nadie pareciera importarle, o bien sin que nadie se tomase la molestia de impedirlo. Por ejemplo, Marcos, que tenía unos doce años, salía todas las tardes, iba al cine o al billar y regresaba cerca de la medianoche, trepando a su cuarto por el nogal, cuyas ramas desbordaban hacia el balcón.

El hecho es que desde aquella tarde nos hicimos intolerablemente inseparables.

Terminadas las clases, éramos capaces de caminar cuadras y cuadras que sumarían kilómetros de esas calles arboladas, de viejos chalets y buenas familias. Siempre he tenido especial afición por la caminata. Antes de Lillian, caminaba solo, recorría una y otra vez, durante tardes de meses las angostas calzadas de los barrios viejos, entrando a menudo, impulsado por no sé qué morboso afán, en cada

casona donde dijera en una ventana “se arriendan piezas”, a indagar —preguntando el precio de las piezas, mirando todas las caras que se cruzasen por algún cerrado pasillo, oliendo al acercarme a los comedores la cocinería barata, imaginando el desorden tras cada puerta, interrogando afanoso a la dueña solícita, viendo la única o las dos piezas disponibles y preguntando si no hay alguna con ventana a la calle—, a escudriñar los grandes salones, los cuartos de cinco metros de altura que pertenecían a un pasado ya perdido; los viejos palacios convertidos hoy en pensiones de mala muerte donde la vida se perfilaba sórdida. La caminata. De más niño, mi mamá se quejaba siempre de lo que gastaba en taco, en suela, con lo que valían los zapatos —“aplanacalles”, solía decirme con ternura—, cada día más caros. Y era cierto. Yo no era de trompo, ni de volantes, ni de bolitas, ni de fútbol en las bocacalles. Era un vago de caminata. Andaba y andaba sin rumbo, con las manos en los bolsillos y un poco gacho, como lo sigo haciendo; sólo que ahora sé por qué. Más tarde se temió un poco ya por mí. Si dejaba un día o dos de asistir a clases —cosa que siempre se sabía en la casa—, no era por el billar, ni por la piscina, ni por el paseo a Las Vertientes. Era por caminar. Siempre solo. Fumando. Ahora sé. Cami-

nar es la vida en plenitud. Hacia donde sea, con los tacos limados en el pavimento y las suelas agujereadas ya, por horas, sin ninguna perspectiva, no esperando "llegar", ni cruzarse con conocidos, ni cazar siquiera una mariposa en el camino, sin deudas por las cuales afligirse —¿deudas de qué?—, sin grandes problemas que resolver. Solamente caminando... Lilian fue una buena compañera para mí.

Conversábamos con frenesí de todo y a todo le inyectábamos amor —aún podría reproducir intactas algunas de esas conversaciones y determinar bajo cuál árbol le dije tal frase o tras qué muro la besé cuántas veces—, el amor que entre nosotros iba creciendo rítmicamente antes de que llegáramos una tarde a mi casa sola, porque después de esa tarde el crecimiento de aquel amor dejó de ser rítmico y se tornó vertiginoso, violento, como un fuego atizado por la soledad que allí encontrábamos cada día, sumidos a oscuras en un sofá, poniendo siempre la misma música, la que llegó a ser *nuestra* música porque ya nunca podríamos separarla de esos momentos latentes y tensos en que fuimos descubriendo la vida.

Llegamos a ser una de esas parejas típicas. Se pensaba en nosotros no como en dos

seres individuales sino como una unidad. Cada uno existía en términos del otro...

Los profesores eran infatigables para bromear, y de nuestros compañeros, algunos nos miraban en silencio.

Comprendí que la deseaba con una violencia insospechada. Deseaba poseerla. No sólo su cuerpo, sino posesionarme como un demonio de ella, por completo, de su espíritu, de cada minuto de su pensamiento. Por eso, cuando le dio la gripe y tuve que dejar de verla, casi me volví loco. Silvia le llevaba durante los recreos mis cartas escritas en clases y volvía trayéndome sus respuestas. Nos amábamos, era la conclusión, nos extrañábamos con dolor. Hasta que al cuarto día recibí ese mensaje y tomé la torpe decisión de intentar primero el camino legal, que debiera haber supuesto vedado.

Subí con la cautela del caso y estaba sentado a la orilla de su cama, besándola por todos esos días, cuando Silvia, que espiaba afuera, entró alarmada, diciendo:

—¡La vieja sube! ¡Viene subiendo!

Mrs. Conn venía subiendo y yo no tenía escapatoria. Un frío terror se apoderó de mi sangre y mientras más cerca escuché los pasos cansados y repercutidores de su gran humanidad, más me fui paralogizando y menos atiné

a tomar la medida a la cual Silvia, con admirable sangre fría —después de todo ella no arriesgaba nada— me estaba empujando.

Así, cuando la señora entró a la pieza, sólo halló a Lilian leyendo y a Silvia tejiendo tranquila a los pies de la cama. Yo, inmóvil como un poste, sufriendo una intolerable comezón en cada célula de la piel, me encontraba bien oculto entre vestidos y abrigos y chalecos de lana, tras la cortina de tusor que de muro a muro y a los pies de la cama hacía las veces de ropero, con unos incontenibles deseos de toser, sujetándome firmemente la nariz para no dejar huir el estornudo que me comía.

—¿Cómo se ha sentido, m'hijita? —la oí preguntar, adivinando para mi desconsuelo que la señora se instalaba en la silla.

—Un poco mejor, Mrs. Conn, gracias.

—Llamó tu mamá. Dijo que seguramente te vendrían a ver. ¿Estuvo ya el doctor Videla?

—Hoy no ha venido, Mrs. Conn...

Lilian desmostraba un increíble autocontrol, mientras que yo, en mi oscuro calvario, apenas lograba tragarme la ira provocada por ese diálogo. ¡El "doctor" Videla! Por evitarse el gasto de un médico de veras, la vieja sucia no trepidaba en permitir que una de sus internas fuese atendida, gratuitamente desde luego, por uno de sus pensionistas, un estudiante

de medicina a quien le corrían ya algunas anécdotas poco felices.

Permítaseme explicar que esta señora, debido a que el colegio era pequeño (en alumnao, me refiero) y la casa muy grande, arrendaba piezas sobrantes en uno de los pabellones a jóvenes empleados o estudiantes universitarios.

Videla era uno de esos pensionistas y se sabía a ciencia cierta lo de su abuso con Mariana, una de las de tercero, valiéndose de su calidad de médico, es decir, pasando por encima de toda ética, de una pobre muchacha inocente —que no sería tal vez tan pobre y que sin duda no era tan inocente— que una noche le solicitó sus servicios, instándolo a que le respondiese, tras un examen, si estaba o no desflorada y que, como toda respuesta, había escuchado “eso hay que verlo en la práctica”, y luego, sin escuchar más, porque de seguro nada más se dijo, había sido sometida a ese “examen” que ella tal vez creyó distinto, siendo esta vez sí desflorada si acaso verdaderamente no lo había sido antes.

¡Y a ese oscuro sujeto llamaba Mrs. Conn doctor, por evitarse un gasto que consideraba innecesario! ¡Y por él debía Lilian dejarse examinar! Acaso intentaría manosearla o acostar-

se con ella, me decía, sintiendo hinchárseme las venas al imaginar la escena, cuando para mi fortuna, pues en seguida pude escabullirme, se escucharon por la ventana algunos gritos:

—¡ Señor De la Jara, señor De la Jara! —
y luego, en el piso, la voz ronca de Floridor, el mozo, gritando sin dirección:

—¡ Señora, señora, parece que se está incendiando el pabellón de los internos!

III

JORGE Pereira tenía una mirada extraña, una mirada de como si estuviera ausente, muy lejos. En más de un sentido era distinto al resto de los que componíamos aquel microcurso del Jackson College.

En primer lugar, era el mayor, y valga agregar que si sus estudios hubiesen seguido una línea normal, nunca lo habríamos tenido por compañero. Quiero decir que de no haber repetido sucesivamente el segundo, el tercero y el cuarto, habría sido ya, en aquel entonces, un bachiller o un universitario con toda la barba.

Pero no era hombre para los estudios, ni para ceñirse a disciplinas. Tal vez por esto es que había durado más en el colegio que en esos de donde doña María Luz había sido, con buenas palabras, forzada a retirarlo, y quizás también por esto —por indisciplinado— es que no había tenido, entiéndase: tenido *él*, mayores

problemas, sino más bien un buen sitio y excelentes condiciones para desenvolverse.

Hasta que llegó De la Jara, por supuesto.

Además de ser el mayor, Pereira era también el más grande, el más pesado y voluminoso, hecho que le acarreaba algunas ventajas si se considera que los profesores, por extraño azar, tenían casi todos cierta inclinación a la menudencia. De otra manera, creo que jamás hubiese osado proferir las ofensas que hicieron a Lorca, el "Chico" de francés, un rubio desteñido, de pequeños ojos grises y que quería casarse, perder el control como lo perdió aquella tarde durante los suspensivos momentos en que el profesor apunta en su gran libro las calificaciones finales de cada alumno.

Lorca le anunció a Pereira que su promedio era un "dos", y procedía a escribirlo en el casillero correspondiente cuando éste le retuvo la mano, diciéndole:

—No sea mala persona.

Difícil sería creer que a Jorge le interesaba una breva su calificación para los que, conociéndolo, teníamos la certeza de que esas bagatelas no sólo no le rozaban la piel, sino que le producían cierta risilla muy especial, como de satisfacción.

Pero ocurrió que esa tarde, por un lado andaba de mal humor —lo que resulta muy

explicable—, y por el otro, con muchas ganas de fregar la pita, condiciones que eran de temer cuando solían darse juntas.

Acaso Lorca, intuyendo esto, no quiso correr riesgos inútiles —error que seguramente no se perdona aún—, pues expuso deplorablemente la debilidad que lo caracterizaba al no reaccionar con energía y autoridad, sino tomándolo con buena disposición de ánimo —por así decir—, como un gesto de simpatía, y al responder, entre pequeñas risas:

—Ya, hombre, suélteme la mano. *Tengo* que ponerle esa nota. . .

Pero —y esto el profesor debiera haberlo adivinado, como lo habíamos adivinado nosotros— su mano no iba a ser soltada, sino que seguiría siendo retenida a través de ese y otros diálogos similares que fueron subiendo de tono hasta enrojecer el semblante blanquecino de Lorca y desembocar en la bofetada —dirigida a la mejilla— que hizo que Pereira se pusiera pálido y lanzara aquel reto que aún debe resonar, amenazante, en los oídos de Lorca:

—¡Lo espero a la salida!

Y que significó, a pesar de nuestra intervención —por un lado queríamos impedirla y por el otro habríamos dado cualquiera cosa por no perdérsela—, una pelea que no podía durar y que en vez de producir la expulsión de

un alumno acusado de indisciplina, desacato y violencia, iba a determinar el despido de un hombre modesto, con quién sabe qué problemas, acusado de dañar físicamente a sus alumnos, ¡de dañarlos!, un ser diminuto casi, tímido y acaso imperdonablemente humilde.

Al afirmar que el mal humor que denotaba Pereira aquella tarde era explicable no pretendo, por cierto, justificar la pelea que dejó cesante al profesor Lorca, sino sólo penetrar un poco, un poquito más allá de la superficie, en las razones que a veces determinan la conducta de un hombre.

Tendré que recordar que los internos gozaban de una libertad cuyo aprovechamiento podría con más justeza denominarse libertinaje, para entrar luego en otras razones.

Jorge, desde luego, no se quedaba corto en el uso y abuso de esas libertades. Su desparpajo sobrepasaba todo límite y en algunas ocasiones solía ausentarse del colegio durante tres o cuatro días sin que nadie, como es de suponer, le pidiera cuentas.

Aquella tarde precisamente aparecía tras una de sus ausencias prolongadas y su ánimo se encontraba bastante afectado. Creo comprender ahora que todos sus actos, su insolencia, toda su agresión eran propios de una persona que ha sido brutalmente lastimada.

Quiero decir que si las heridas no podían ser muchas, por su edad, eran al menos algo profundas. Y creo ser uno de los pocos, o de los únicos, que llegaron a conocer ciertos detalles de su vida. Porque Pereira, después del asunto del salame, me tomó simpatía y en más de una ocasión en que bebimos algunos tragos de sobra, dejó que su lengua se encargara de aquello que seguramente su voluntad no lograba callar.

El motivo de sus ausencias, como es fácil suponer, era una mujer. No la que pudiera esperarse de su condición —alguna fina dama madurona de la alta burguesía o alguna joven alocada de las monjas—, sino una prostituta de Ricantén, de las más baratas, de las más sucias, de las que podrían tipificar todo lo feo. Una tarde fui con él a conocerla.

El callejón era un pintoresco lugar donde aún no me habían llevado mis zapatos, pero al cual dediqué después buenas horas de fértil vagancia. Un pequeño corazón del hampa injertado en un barrio respetable de viejas residencias, de mucho tránsito, de comercio. Eran angostos los callejones, al estilo de los barrios chinos que conocemos tanto por el cine. Callejones sin aceras o con aceras estrechitas donde se disputarían el paso dos caminantes de frente. Callejones anacrónicos con pavimento de

guijarros donde la civilización parecía haberse detenido. Casitas muy apretadas la una contra la otra, de colores celestes, rosados y amarillos, verdeclaros y grises, como en los cuentos de hadas.

Entramos por Raulí, más ancho, y doblamos a Ricantén sorteando los asedios de cada puerta, de cada ventana, los apiñamientos de colores fuertes, la penetración de pésimos perfumes. Una mujer morena logró detenerme. Digo "logró" no porque fuese yo caminando muy decidido, rechazando asedios a diestro y siniestro, sino porque iba precisamente todo lo contrario, lleno de temores y recelos, y ni por nada hubiese querido verme objeto de otras miradas, de burlas, de frases sangrientas.

—¿Dónde va, mi amor? —dijo, atajándome el paso y metiendo groseramente su mano entre mis piernas.

—Voy con mi amigo. . .

Jorge me miró con sorna desde cierta distancia, con una sorna cariñosa que me hizo sentir que no estaba solo.

—¿Por qué no pasas un ratito?

Era una hermosa morena. Hermosa a su manera: aindiada, primitiva, casi brutal.

—¿Está sola? —pregunté. No tenía la menor idea de cómo operaba un burdel por den-

tro. Le hice la pregunta como si dentro de la casa pudiera estar su mamá o su abuelita tomando té.

—Tengo una pieza, ven.

Jorge llegó hasta nosotros y me tomó del brazo.

—Tenemos que hacer —le dijo a la morena—. Péscatelo después. Vamos...

(Durante mucho tiempo, después, mantuve una grata y comercial amistad con esa mujer. Empecé a conocerla la tarde en que solo me aventuré —segunda vez— por los callejones buscándola, tratando de localizar la casa, hasta encontrarla y reconocerla y ser también reconocido y luego sorprendido por la pregunta lanzada al ser descubiertos mis libros bajo el brazo de “¿eres estudiante?”, y sorprendido más todavía al oír “yo también estudio”, sorprendido e iluminado como por una nueva y más poderosa fe en las personas humanas, derrumbada luego al preguntar tras el alumbramiento “¿qué estudias?”, y escuchar una podrida, espantosa respuesta, de quien venía pareciendo un ser angélico. Era joven y ya tenía el alma enferma. La conocí y a través de ella conocí un aspecto más bestial del sexo. Fornicar sobre la colcha sucia a toda marcha, porque el tiempo es oro, el tiempo es oro y hay que terminar rápido —es sólo “por el momen-

to", lo más rápido, lo más barato—, ya que es preciso salir cuanto antes al acecho de otros pájaros.)

—...Vamos, gallo...

El amor de Jorge Pereira se llamaba Silvia y no era ni remotamente tan bonita como él la había pintado. Pero tenía gracia y era, literalmente, el amor de Jorge, el amor no ciego sino visionario, porque él no sólo ignoraba por completo los defectos de Silvia, sino que le atribuía también cualidades que ella jamás había tenido. El amor que encanta, que provoca la entrega indefensa y total del pobre que ama. O que cree amar... Debe de haber poseído también (Silvia) destrezas muy especiales para convertirlo en el endemoniado que era durante ciertos períodos, en el tipo que no lograba dormir, que se revolcaba en las noches entre sus sábanas o salía a fumar al balcón antes de la madrugada, que en nada podía concentrarse, que deambulaba solo, como un loco, cuando pasaba algún tiempo sin verla.

Su romance con Silvia tuvo muchos detalles sabrosos, pequeñas aventuras, episodios novelescos, impaciencia y angustia, suspenso, rasgos románticos del peor gusto. Pero terminó mal.

Aquella tarde no era mucho, ni muy grave, lo que había ocurrido. Simplemente Silvia

le dijo que dejaban de verse porque se iba con un mecánico que la frecuentaba y que había decidido ponerle casa y que ella, sin pensarlo dos veces, se iba, que lo sentía y que se buscara otra, que había tantas, que no fuera pajarrón. Nada mucho; pero en todo caso, lo suficiente para que un tipo que no tenía otros afectos, cuya madre sólo deseaba estar lo más lejos posible de él, que jamás habría despertado simpatías, se sintiera perdido en este mundo, después de haber volcado todo el amor de que era capaz en una mujer para quien cortar esos lazos que él creía haber atado era tan sólo un acto mecánico.

Y en segundo lugar, era el mejor vestido, aunque más exacto sería decir: el que disponía de mayores recursos.

Tenía cuenta abierta en la tienda más elegante de Santiago. Su padre se la había dejado cuando decidió irse en definitiva a la hacienda del Sur, es decir, cuando huyó de doña María Luz, de quien tal vez supuso que no contaría con mucho tiempo para ocuparse del hijo que el santo matrimonio les había dado.

Así, a veces llegaba a clases como gran señor, vestido con los mejores paños ingleses, camisas de seda natural, colleras de oro y de

nácar, una perla en la corbata, todo flamante, comprado hoy para ser vendido mañana, de corta vida, si recordamos que al otro día volvíamos a verlo, asombrados, en su deslucido y rugoso uniforme gris de áspera franela. Si algunos creyeron que estos cambios extravagantes se debían a un terrible sentido de la exhibición, se equivocaron. Había otras cosas.

Generalmente a ellos sobrevenían las prolongadas ausencias de Jorge. Baste hacer notar que la tarde en que recibió la cachetada de Lorca, vestía el uniforme gris, mientras que la anterior ocasión en que asistiera a clases, tres días antes, habíamos quedado todos con la boca abierta ante sus galas. Jorge Pereira necesitaba dinero con cierta regularidad. Y había encontrado la manera de obtenerlo.

Los deslumbramientos eran frecuentes y el abuso era constante.

Hasta que esta gran libertad de acción y movimiento vino a verse obstaculizada por la presencia de ese fantasma negro recién llegado: el profesor De la Jara. El nuevo guardián.

Los choques se sucedieron unos a otros con notoria regularidad, como en una dura lucha por el dominio, lucha de la cual, poco a poco, De la Jara fue sacando la mejor parte.

Es decir, De la Jara acabó por dominar. Por esto, todas y cada una de estas cosas

que he dicho (hay otras que he preferido callar) sirvan para entender aquella mirada extraña que ninguno de nosotros tenía, porque acaso sea una mirada que sólo surge —o puede surgir— cuando al corazón se le ha dado duro desde siempre. Cuando las circunstancias, la tristeza, pueden haber impulsado a esa persona, a ese degenerado, como se le diría, a encerrarse en una gran habitación y prenderles fuego a las cortinas, a las susurrantes y viejas cortinas de terciopelo granate.

IV

ERA UNA época de altas aspiraciones.

Todos pensábamos llegar muy lejos en la vida. Hoy quisiera saber qué fue de cada uno de nosotros. Y sólo he tenido noticias de Felipe.

Quizás era el único que llevaba el éxito incrustado en las líneas de la mano, el único triunfador en cuanto acción emprendiera, el único verdaderamente audaz, dispuesto a salvar a cualquier costa los obstáculos que lo atajaran, sin trepidar, sin vacilaciones, sin oídos al sentimiento ni al dolor, con la voluntad y el corazón clavados fijamente en una meta semejante a una obsesión, en una sola meta.

Estaba en sexto, un curso más adelante, pero lo incluyo al decir "nosotros" debido a la fuerte amistad que me unía a él y que acaso el tiempo, a pesar de todo, no haya logrado desvanecer completamente.

Nadie lo hubiera creído hijo de alemán.

Era moreno y taciturno, de tupidas cejas que se fusionaban en el nacer de la nariz, de inteligencia reconcentrada. En apariencia hablaba poco y podía calificársele de lo que llaman "introvertido". Se mezclaba poco con la gente — fue casi por accidente, pensándolo bien, que nació nuestra amistad, una noche que caminábamos en las cercanías del colegio con Jorge Pereira— y no ganaba simpatías rápidas, amén de poseer una de las más notables cualidades, de las magníficas, las capaces de perfeccionar a un ser humano: sabía reír.

Sabía reír y, aunque digo que no ganaba simpatías rápidas —la risa no lo es todo—, puedo igualmente, sin temor de disminuir la verdad, afirmar de manera rotunda y definitiva que sobre ciertas personas ejercía la misma atracción que ejerce el imán sobre los metales.

Era el caso de Miss Lucy, profesora de las preparatorias que enfilaba rumbo hacia los treinta y que, acaso para su propia consternación, se sorprendió un día perdida, loca o ridículamente enamorada de un muchacho de diecisiete, amigo de pocas palabras, al que una vez, durante el almuerzo —habiendo buscado y encontrado la manera de sentarse todos los días junto a él—, le dejó caer un trozo de carne sobre el pantalón para luego, al conducirlo hasta el baño a fin de limpiarle la mancha fro-

tándola con un pañuelo humedecido, poder besarle los labios y declararle abiertamente su pasión.

Miss Lucy era rubia y tenía buen cuerpo, bonitas piernas. Todos nos concentrábamos en ellas los martes en la tarde, cuando en un ajustado *short* blanco guiaba la gimnasia de los más chicos, mientras Jack, desde la galería, tocaba melodías al piano para los ejercicios. Al comenzar los calores, recuerdo que se la podía ver durante los recreos, sentada o semitendida sobre unas gradas del patio, con la falda recogida hasta más arriba de las rodillas, tostándose al sol ligeramente picante de septiembre.

Debido a este amor absurdo se nos abrió a Felipe y a mí un mundo de personas mayores que en un principio nos fascinó, pero en el que nunca en verdad logramos ajustar. Las diversiones burguesas no parecían estar hechas para nosotros. Teníamos más que nada —y quizás también él siga teniendo— vocación de vagos. Pero si una puerta se nos había abierto hacia experiencias que desconocíamos, íbamos a pasarla, a conocer, a meter las narices en todo aquello que se nos quisiese mostrar.

El asunto fue así. De pronto empezamos a ser invitados a las fiestas que hacían las pro-

fesoras de preparatorias, señoritas educadas en buenos colegios y que, gracias a su perfecto dominio del inglés, idioma base del Jackson College, pasaban allí su tiempo ganando algunos pesos, tiempo que sólo les duraba hasta que conseguían el marido adecuado, el cual, si era verdaderamente adecuado, las hacía dejar el trabajo... En realidad el invitado era Felipe, pero como la primera vez fuimos juntos —me llevó casi a la fuerza— se me consideró en adelante como nombre fijo para toda reunión.

De más está decir que éramos siempre los benjamines, los mocosos, pollos en corral ajeno, y que de no haber encontrado varios factores favorables para que la diversión no fuera tan estúpida, jamás hubiéramos llegado más allá de la primera fiesta.

Los factores favorables eran, en primer lugar, el hecho de que sin inhibición alguna éramos capaces de instalarnos a comer y a beber hasta agotar las provisiones o quedar hastiados; en segundo lugar, el que pudiéramos reír y reír como poseídos hasta quedar roncós, sin garganta, afónicos, por las causas más diversas y, a veces, más injustificadas, causas que iban desde la manera ceremoniosa y ridícula con que algunos sujetos se conducían, hasta la consternación producida en el mo-

mento en que entraba al salón un perro vago que minutos antes se hallara olfateando los alrededores del patio y al que podíamos haber abierto la reja y guiado hacia el interior; y en tercer lugar, el hecho de que dos profesoras tuviesen hermanas menores con quienes fuera posible bailar a destajo cuando ya el ponche hubiese infundido ánimos a dos imberbes que no sabían nada de baile, y pasar momentos de auténtica diversión recorriendo en la oscuridad los jardines o escudriñando por las habitaciones de la casa —siempre grande, de buen barrio—, donde nunca dejaba de haber alguna cama sobre la cual tenderse un rato a besar los labios y acariciar los pechos de esas hermanas menores.

Pero en una ocasión se nos engañó. Con el mejor ánimo de reír, de obtener materia prima para la risa de varias semanas a costa de los burguesitos de traje azul cruzado, llegamos a la casa de la fiesta sólo para descubrir que no había tal. Ni bulla, ni ventanas abiertas, ni luces. No había ninguna fiesta y sólo se hallaban allí Miss Raquel (la anfitriona) y Miss Lucy, esperándonos con música y licor.

Es decir, era una fiesta para cuatro.

Aunque a Felipe no le causara la menor conmoción, Miss Lucy era bonita y atrayente, risueña, alegre y descable, en tanto que Miss

Raquel era todo lo contrario: gorda, sin gracia en el hablar ni en el moverse, carente de todo aliño, y, por contraste, de una torcida sensualidad, de una avidez rayana en lo anormal.

Yo fui simplemente la ocasión. Impaciente y aburrido, hube de someterme al estúpido juego de la gorda —que tenía la increíble tupé de fingir inocencia y de pretender que era yo el interesado en ella—, para no desertar a Felipe, que precisamente aquella tarde se convirtió en amante de Miss Lucy. Situación mucho más envidiable. Cómo besarían sus labios y morderían sus dientes; cómo anudarían ágiles sus piernas que siempre veo tostándose y acariciarían esos dedos casi neuróticos de largas uñas naranja. La otra no. No le había sido otorgada la gracia divina. Sin embargo, era caliente como ella sola. Y mentirosa —o tal vez me creyó tonto—, porque cuando después de bailar acaramelados *blues* y beber varias porciones de whisky que el papá no tenía la precaución de guardar bajo llave cuando partía de *week-end* a la costa, quedamos ambas parejas separadas, cada una en un dormitorio, osó decir:

—Yo nunca hago esto, pero... Tú me gustas tanto...

En circunstancias que no habíamos hecho

todavía nada; y, más aún, cuando yo, más borracho que sobrio, empecé a desabotonarle la blusa y luego la falda, dijo:

—No sigas... Mejor que no. Me atraes terriblemente, pero no sé qué me está pasando. Vamos a terminar haciendo algo que no debemos. Será mejor que te vayas...

Y al responder yo levantándome y caminando hipócritamente hacia la puerta —no me iba, no pensaba irme—, ella corrió a taparme el paso, gritando:

—¡No, no te vayas! ¡No te vayas ahora!

Y al dejarme llevar en una especie de sofocante abrazo hacia la cama, me di cuenta de que ya estaba sólo en calzones.

Mientras tanto, Felipe y Miss Lucy... Sí, era una situación envidiable.

Pero Felipe no la aprovechó. No duró mucho el juego y sobrevino el hastío. Sólo bastante después supe por qué: él no era excepción. Estaba, como todos, enamorado de Lilian.

Lilian, por su parte, le tenía estimación y le admiraba muchas cualidades que para el común de nosotros podían pasar por completo inadvertidas. Me hablaba siempre de su voluntad potente, de que por qué yo no era también así, de lo lejos que Felipe iba a llegar.

No se equivocó.

Pero a pesar de esa gran estimación, llegó un momento en que ella no lo toleraba si él estaba conmigo. Podía verlo, ser amiga y apreciarlo solo, pero bastaba que estuviésemos juntos para que Lilian le mostrara un inexplicable fastidio, semejante al que puede adquirir la mujer casada por el amigo soltero de su marido.

Lilian odiaba el hecho de que los sábados en la noche yo saliera con él, sin decirle nunca adónde. Porque nunca le hablé de esas fiestas. Y odiaba también la intimidad de mi relación con Felipe. Y odiaba —sólo los sábados— a Felipe, mi pervertidor, el que me arrastraba a cometer malas empresas que ella —sin saberlo jamás, a veces pudo haber estado en lo cierto— relacionaba con prostitutas y burdeles.

Una vez en que los tres habíamos pasado la tarde en casa de Lilian, don Pedro, al acercarse la hora de comida, nos dijo, pasando frente a la salita donde nos hallábamos, con su invariable *fumoir* de seda oriental:

—Quédense a comer...

Así, al pasar.

Capté la felicidad que cruzó en aquel instante el corazón de Lilian y me la expliqué como una lógica reacción ante el hecho de que por primera vez se la tomara en serio, al invitarme a comer, ya que antes sólo había mere-

cido reprimendas por mi causa, como aquella ocasión en que, llorando, me dijo que don Pedro le había gritado por llegar después de las diez un 18 de Septiembre en lugar de haber ido al Parque con la familia, agregándole que yo era un ocioso estúpido y que no quería saber más de mí. Me lo dijo llorando, y esa misma tarde, con dieciséis años encima, consideré que era mi deber amarrarme los pantalones y, después de ponerme el traje azul marino y un sombrero que en otra ocasión me acarreó disgustos, partí hacia su casa dispuesto a poner los puntos sobre las íes y oficializar mi situación con Lilian, y al llegar, fumando de nervios, encontré que había salido don Pedro y pedí hablar con la señora Laura, a quien ofrecí un cigarrillo de marca ordinaria en una cigarrera también ordinaria que había cambiado por una corbata y que no se abrió fácilmente debido a un resorte vencido, para luego, de seguro con más valor del que hubiese logrado reunir frente a don Pedro, decirle:

—Quisiera hablar con usted sobre Lilian.
—Y explicarle mi posición y pedirle, hasta con algo de autoridad, que no limitaran su permiso conmigo, porque, después de todo, pensaba casarme con ella.

A los dieciséis años.

Y como aquella vez no fui seriamente es-

cuchado, ahora Lilian no pudo evitar un estremecimiento de emoción cuando don Pedro, al pasar en su *fumoir* de seda, anacrónico con su persona, nos dijo a Felipe y a mí: "Quédense a comer", como abriéndonos una puerta que hasta entonces había tenido la cerradura corrida.

Y en ese momento, Felipe apagó su cigarrillo, se puso de pie y me dijo:

—Ya es hora de que nos vamos.

Porque era sábado y nos tocaba el turno de hacer astracanas.

Vi la sombra en el rostro de Lilian y pude, entonces, haber dicho: "Quedémonos", pero no lo hice. Y pude leer también la súplica en sus ojos: "Quédate, quédate", porque era la primera vez que se la tomaba en serio.

Salimos hacia la noche sin tener nada especial que hacer, pero sabiendo lo que haríamos: lo de siempre, lo que tantos y tantos sábados hicimos.

Desde aquella vez la incompatibilidad entre los tres se intensificó. Sin embargo, cualquiera combinación de dos —ella y yo, ella y él, él y yo— calzaba como calzan guante y mano.

Felipe era un tipo de fuerte voluntad y maneras desafiantes, es decir, muy dado a hacer apuestas y más dado aún a ganarlas.

Pero cierta noche perdió una.

A esa noche me refería yo al mencionar de paso la ocasión en que había nacido nuestra amistad.

Caminábamos los tres —el tercero, se recordará, era Pereira— a pocas cuerdas de mi casa, cuando al pasar frente a una fiambre-ría, Jorge dijo:

—Voy a entrar a robarme un salame.

Era frecuente oírle semejantes amenazas, si así pudiera llamárseles, pero ellas estaban siempre teñidas de jactancia e incumplimiento. Tal vez fue conociendo este último aspecto que Felipe se apresuró a replicar:

—Te apuesto a que no te atreves.

Pero Felipe no contó con el orgullo de Pereira y es muy posible que, de no resentirlo, ese salame jamás hubiese sido robado.

Permanecemos en la puerta, mirando hacia adentro con la casi absoluta certeza de que Jorge saldría con las manos tan vacías como las llevaba al entrar. Y cuando vimos que le envolvían un largo y macizo salame y se lo entregaban, pensamos que su intención era la de pagarlo!

Por eso cuando salió corriendo nos cogió

tan de sorpresa, que no atinamos más que a correr junto a él a todo lo que nos daban las piernas, por una calle perpendicular.

Nunca he sido buen corredor. Rápido, sí; pero de poca resistencia (mi fuerte es la caminata lenta: tal vez porque comencé a fumar muy temprano). Y si a ello se une el hecho de que al sombrero de fieltro verdoso que llevaba puesto le tenía especial apego, por razones que no es del caso detallar, se comprenderá fácilmente por qué la suerte me deparó una fenomenal paliza aquella noche, paliza de la que guardo aún cierta huella: una leve cicatriz en la frente, cerca de la sien, y me deparó también, la suerte, un disgusto inolvidable en lugar del cual hubiera aceptado gustoso ser conducido a la comisaría acusado de hurto, o de complicidad, al menos, ya que no se hallaba en mis manos el cuerpo del delito, y aceptado también dos o tres golpes más como el que ya me habían propinado.

Cuando Juan de Dios, el rapazuelo a quien solía regalar de vez en cuando chicles masticados, que vivía en esa cuadra, justo frente al lugar donde se me voló el sombrero, vio que un hombre —sería exagerado decir que se trataba de un toro, pero el tipo bien me llevaría unos quince kilos de ventaja— se lanzaba encima de mí y, sin darme mayores oportunidades de de-

fensa, ya que tras los primeros cambios de golpes logró torcerme hacia atrás el brazo derecho, vale decir, vencerme, cuando lo vio Juan de Dios, digo, alarmado por lo que me pudiera ocurrir, voló hasta mi casa, llamando a gritos a mi madre para darle la noticia.

Mi madre, corriendo también, llegó hasta esa esquina en los momentos en que el hombre de la fiambrería, sujetándome siempre con el brazo torcido hacia la espalda y apretando a los más leves movimientos míos que le inspiraran desconfianza, esperaba un taxi para conducirme a la comisaría más cercana.

Hubiera pasado, sin quejarme, una semana entera preso con tal de haber evitado a mi madre el injustificado dolor que aquel hecho le causó. (Porque las madres son así: sólo podía deducir que su hijo era un bandido, que andaba en malos pasos, con malas gentes y al borde de la corrupción total.) Y si digo "dolor", me refiero a que las esperanzas que tenía cifradas en mí eran altas.

Por eso, cuando llegamos a la casa, después que ella hubo pagado al hombre el valor del salame, haciéndolo desistir de su propósito, me aplicó un interrogatorio de tipo policial al que se le agregaron quejas y llantos a medida que fueron emergiendo los hechos, sin saber, ninguno de los dos, que en el patio, tras

la ventana junto a la que hablábamos, entre los cardenales, se hallaban ocultos Jorge y Felipe, escuchando, ora asustados, ora con cínica paciencia, los denuestos y las imprecaciones que mi madre lanzó en su contra.

Felipe había perdido una apuesta. Jorge se había robado un salame de medio metro. Y yo había recibido una paliza y un disgusto, es decir, todo el castigo.

Y no fue aquélla la única vez en que haya pagado las consecuencias de faltas de las que nunca fui culpable.

El hecho es que a partir de esa noche, y en lugar de ocurrir lo contrario, se inició mi amistad con Felipe, la verdadera amistad, quiero decir, y también la de Felipe con Pereira, dos seres dados a las apuestas que jamás volvieron a apostar entre ellos —porque Felipe sólo apostaba a ganar— hasta la tarde en que Jorge Pereira, en pantalón y camisa, chorreando transpiración y con la mirada lejos, los ojos desorbitados, entró en el dormitorio de los internos, donde Felipe, echado sobre su cama, leía a Séneca, y le dijo:

—Sal de aquí, que les voy a prender fuego a las cortinas.

Entonces Felipe, en lugar de salir, respondió sin levantarse:

—Te apuesto a que no eres capaz.

V

CON EL TIEMPO —digo “tiempo” como si se tratase de años, cuando en realidad habían transcurrido sólo meses: en la adolescencia todo parece acontecer tan rápido, o tal vez es más tarde que lo vemos así—, con el tiempo don Pedro me tomó simpatía.

Yo sabía escucharlo.

Y me gustaba escucharlo. Oírló hablar, concentrarse en el recuerdo de su ajetreada juventud de trotamundos. Porque sí había sido un trotamundos, no un aventurero de sangre; un aventurero de azar cuyas correrías jamás se debieron a la búsqueda de emociones violentas, sino a la imperiosa necesidad de sustentarse que pueda tener un niño de trece años cuyos padres han muerto poco después de radicarse en un país extranjero del que ignora el idioma y en el cual no sólo no tiene nada sino tampoco a nadie, ni familiares, ni amigos; un niño del sur de Italia que se ve trasplantado

al Ecuador, donde se va desintegrando su núcleo humano, ya que sus dos hermanos cortan también cada cual para su lado hasta que un día —lejano por cierto— el azar, también, vuelve a juntarlos en un país mucho más austral en el que han decidido echar raíces, cada uno por sus particulares motivos...

Pero don Pedro llegó a sentir inclinación notoriamente mayor por Felipe y ello se debió, seguramente, a una identidad de gustos y aficiones entre ambos para la cual yo no era más que un extraño.

Don Pedro era un maestro de la mecánica y Felipe un buen aficionado. A veces, durante esos largos domingos que solíamos pasar en la casa, mientras yo discutía mis asuntos con Lilian, ellos dos, engrasados hasta las narices, quemaban las horas armando y desarmando motores mecánicos y eléctricos, fabricando piezas en el torno del pequeño taller, hablando de lo que se podía hacer con tal o cual elemento. Ambos tenían el sello inconfundible de los inventores, cerebros de ingenieros, y acaso hubieran, dadas otras condiciones, rendido frutos importantes en estos terrenos.

Pero don Pedro nunca tuvo la oportunidad de estudiar de manera sistematizada: él aprendió durante largos años —toda su vida— en la escuela de la práctica, con las únicas ar-

mas de su inteligencia y su potente imaginación, y ayudándose de manuales prácticos que asimiló y superó con creces.

Felipe, en cambio, sí tuvo la oportunidad, esa oportunidad que en manos de don Pedro no habría sido desaprovechada. Tuvo la oportunidad, pero le faltó la pasión. Tal vez por eso, ante la disyuntiva que en un momento se le presentó, optó por el camino más rápido. El que antes podía llevarlo a su meta, a lo que para él representaba el éxito: el dinero.

Aprendemos de niños que existen el bien y el mal y que son fuerzas antagónicas; que debemos abrazar el bien y alejarnos del mal; que el bien será recompensado y el mal castigado severamente. Y aprendemos que el robo es una de las múltiples formas que puede adoptar el mal. Por eso no robamos. Por eso condenamos a quienes roban y los alejamos de nosotros.

Fue el primer choque violento que tuve en mi amistad con Felipe: cuando me robó.

Pero hay distintas maneras de robar.

A menudo se escucha decir a la gente que tal o cual pobre infeliz robó por hambre, lo cual es menos reprobable, y que por ello sufrió una monstruosa condena desproporcional

a su delito (¡ Cinco años de prisión a un pobre diablo que hurtó una gallina! Un diario lo decía). En cambio hay otros robos que suelen no encontrar el castigo que merecen; los cometidos, por ejemplo, por quienes adulteran el aceite comestible para ganar más, arriesgando las vidas de toda una población (menciono el caso porque precisamente fue lo que ocurrió en aquellos días), por quienes retienen mercaderías antes de que suban los precios, que es lo que ocurre ahora y seguirá ocurriendo hasta que alguien, algo, alguna fuerza, ponga orden en esta caótica sociedad. Y hay todavía otra categoría que podríamos tildar, amén de la paradoja, de "robos legales".

El robo de Felipe fue de estos últimos: una estafa legal, a pesar de la minúscula escala en que fue cometido.

Ocurrió durante unas vacaciones en que lo acompañé al Norte a pasar veinte días en casa de sus padres.

Felipe y Germán, su hermano menor, eran como uña y carne. Germán sentía por Felipe una admiración casi enfermiza. Imitaba sus gestos, su manera de hablar, su risa. Era, se puede decir —aunque más alto, más buen mozo también, a pesar de algunas repugnantes espinillas de punta amarillenta y base rojiza—, una especie de versión en ocho milíme-

tros de su hermano. Porque Felipe, sí, era auténtico, era propio, era él.

De esta admiración, de la incondicionalidad del hermano menor, se valió Felipe para estafarme.

Evidentemente, el origen de todo fue una apuesta. Creo que sería del caso anotar entre paréntesis que no recuerdo haber ganado una sola apuesta en lo que llevo de vida.

Los tres éramos aprendices de ese difícil juego que es el ajedrez. Vale decir, sabíamos mover las piezas, conocíamos las reglas y poseíamos algunas vagas nociones de estrategia. Digo "aprendices" porque el ajedrez se parece a la vida: jamás se termina de aprender, se está aprendiendo siempre, en cada acto, en cada minuto, en la relación con cada nueva persona que nos sale al paso, en cada jugada. Y también en cada ataque. Eramos, pues, aprendices y casi todas las noches jugábamos dos o tres partidos. Una de esas veces, la última, Felipe dijo:

—Germán, dame las blancas y te apuesto a que te gano sin que me comas ni una pieza.

Nuestro aprendizaje iba en un grado más alto que para pensar en el mate pastor. Por lo tanto, con toda la razón a favor mío, dije:

—Es imposible.

—Te apuesto cien pesos a que es posible
—dijo Felipe.

—¿Incluyendo los peones? —pregunté.

—Incluyendo los peones.

—Apostados los cien pesos.

Y antes de comenzar el partido, Felipe y Germán se hablaron algo al oído.

Perdí la apuesta. Germán se dejó vencer sin tomar ni una sola de las piezas contrarias que en el desarrollo del juego se le fueron ofreciendo.

Pensé que se trataba de una broma producto de la soberbia de Felipe y que, por lo tanto, los cien pesos retornarían a mi bolsillo una vez satisfecha su vanidad. Pero ese dinero —que en realidad me importaba menos que el acto en sí— nunca me fue devuelto. Al parecer, para Felipe había una ley bastante clara: las apuestas eran las apuestas. El juego es el juego: si se pierde se paga y si se gana se cobra, no importa cómo se haya ganado.

Pero aquello fue robo.

Más tarde vine a conocer las palabras que Felipe pronunció al oído de Germán cuando el juego iba a comenzar: “Déjate ganar así y te doy veinticinco pesos de los cien”.

Aquel día supe no sólo que me habían robado, sino también que para Felipe lo más importante era el dinero. El dios todopodero-

so, el grande, símbolo de gloria y de poder, palanca para conseguirlo todo, para comprar almas y cuerpos, ciudades, países y continentes, para regir y jamás ser sometido.

Fue, como ya dije, un choque; algo que me hizo tambalearme, poner en la picota el orden de los valores, pero que pronto pasó a una región de olvido relativo —entre mis muchos defectos no tiene lugar el rencor— cuya última consecuencia no fue la ruptura de una amistad, sino apenas una leve trizadura. La primera.

Pero he aprendido también que las relaciones humanas pueden ser frágiles, tanto como el cristal. O más.

Y a un trozo de cristal trizado le aguarda por todas las leyes el destino de romperse al próximo golpe; y, por añadidura, es irreparable.

Sí. Era un ser ambicioso que se había propuesto férreamente hacer realidad todos sus sueños, sea como fuere. A cualquier precio. Y sus sueños acaso no eran distintos de los míos, ni de los otros que compartieron aquella época: conocer el mundo, escudriñar la geografía, llegar alguna vez a ser famoso, adquirir a granel la información universal que suele mal llamarse cultura. (Porque es usual creer que una persona culta es la que posee cantidades de

conocimientos. La que puede opinar sobre pintura, decir una frase en griego, distinguir a Bach de Haendel, disertar sobre los orígenes del teatro, dar testimonios vivos sobre ciudades lejanas, sobre mares, haber conocido las catedrales de Europa y los museos. Qué persona tan culta. Cuánta cultura tiene. Qué gran desarrollo artístico e intelectual, como suelen decir hasta los diccionarios. Discutir y opinar con propiedad sobre las últimas películas, sobre Picasso, la dodecafonía, el "fluir de la conciencia". Freud y el sexo gobernante. La relatividad. . . Falacias en torno a una palabra. ¡ He conocido campesinos analfabetos, pescadores primitivos con más cultura que respetables médicos, que ciudadanos impecables, que lustrosos funcionarios de la gran burocracia! ¡ La cultura de cuarenta personas que desde sus ventanas en la ciudad más civilizada del mundo, donde no faltan ni la televisión, ni el teléfono, ni la tostadora eléctrica, ni la reproducción standard de un cuadro francés, han visto a un loco cometer un crimen, asesinar, sin mover un solo dedo, asesinar a una muchacha de la cuadra a cuchilladas, sin mover un dedo, declarando después alguno de ellos que al escuchar los gritos se levantó de su cama y fue hasta la ventana, desde donde se dio muy bien cuenta de que era un crimen lo que se estaba

cometiendo, y que luego de ver volvió a la cama porque estaba muy cansado, y otros, un respetable matrimonio ya maduro, que ellos apagaron las luces para ver mejor aquellas escenas de violencia que seguramente no serían tan reales, tan magníficas —¿por qué, pues, sorprender?— como las de cada noche en la televisión! . . . Un indio mapuche que sabe qué hacer del legado de sus ancestros, un pescador que puede solo tejer su red y ponerle a su choza el techo necesario para que no penetre la lluvia en el invierno son mucho, pero mucho más cultos.)

Por eso no tuvo paciencia. Ni siquiera esperó a rendir sus exámenes de primer año de Ingeniería, sino que aprovechó sin titubeos la grieta que le permitiría ver otra luz, dejar de ser un estudiante como cualquier otro y convertirse en pequeño comerciante con visos de ser grande: con la potencia desencadenándose en una serie de cualidades, de condiciones que deben poseer necesariamente todos aquellos que decidan dedicar su vida a correr tras la fortuna, si es que han de tener algún éxito.

Debido, pues, a que yo no compartía esa afición —ni tenía tampoco la aptitud— por las cosas mecánicas, por la comprensión de muchos fenómenos que aun hoy me son inexplicables, don Pedro se aficionó a Felipe, encon-

trando en él al compañero, al ayudante que yo no era. Y mientras ellos dos se encerraban en el increíble taller que don Pedro había montado en el patio trasero, yo prefería quemar las horas de aquellos domingos conversando inagotablemente con Lilian, peleando por menudencias, cantando a dúo trozos de comedias musicales que habíamos aprendido en el cine, amándonos de muy distintas formas. O caminando lentamente. ¡Eso sí que era ser dueño del mundo!... Pero creo haberlo dicho ya.

Quisiera sólo agregar, aunque ignoro por qué, que en aquella casa vivía mucha gente. Esto, porque era grande: una de esas viejas casonas de innumerables piezas que don Pedro, incapaz de llenarlas con su pequeña familia, arrendaba a otros parientes. Había, entonces, primos y tíos maternos y paternos de Lilian. La vida allí era curiosa. Resultaba difícil llegar a comprender a toda esa gente capaz de vivir durante años bajo el mismo techo, sin conocerse demasiado, sin cambiar a veces más palabras que el saludo.

Y don Pedro parecía, más que nadie, vivir al margen de todo, porque lo que de su existencia no era, en cierto modo, consumido por el mundo de su negocio, lo era por su afición, por su amor a las máquinas, a los inventos mecánicos. Vivía también un tanto reple-

gado en sus recuerdos de aquella vida que casi no podía creer que había sido capaz de vivir: aquella extraordinaria aventura en que para comer fue preciso hacer tantas cosas, hasta llegar a la ferretería. Pero había llegado y eso era lo importante. De lo que él más se preciaba. Sin nada al principio. Con un buen negocio ahora. Un excelente establecimiento producto del esfuerzo —solía hablar don Pedro algunas noches—, de su laboriosidad consciente y tenaz, de su sentido de la economía y, más que nada, de mucho, mucho sudor, de innumerables noches sin sueño, de amaneceres prematuros para caminar una hora hasta el trabajo y ahorrar la tarifa del tranvía, de tardes ejerciendo una vocación que nunca tuvo, fabricando discursos, charlataneando en alguna esquina de San Diego para vender a precios de propaganda instrumentos cortavidrios, medias y desmanchadores “atómicos”... Don Pedro no se avergonzaba de lo que fue. ¿No era para enorgullecerse? Era para enorgullecerse. Para llegar a fantásticas teorías sobre las posibilidades del hombre en este mundo. Es sólo cuestión de trabajo. No de suerte. No de circunstancias. De voluntad y talento. No de clase. Si no, ¿cómo él? El que quiere tener, tiene. Los demás, que se jodan, porque se lo merecen. Es una curiosa manera de pensar.

Pero en el fondo no explica nada. Conocí, cuando estuve enfermo, a un excelente médico que prodigaba ideas similares. A veces, en la noche, cuando pasaba a mi pequeño cuarto del hospital, conversábamos largo. También él se enorgullecía de haber llegado a médico siendo hijo de un inquilino del Sur. Era el suyo un caso loable de ambición y esfuerzo. Pero tampoco explicaba nada. No es, a mi modo de ver, cuestión de voluntad y talento, ni de esfuerzo. ¡Que me explique alguien por qué unos nacen dueños ya de todo y otros dueños de nada! Nunca lo he podido entender. No supo aclarármelo don Pedro, aunque muchos lo vieron transpirar y agotar su paciencia en sus intentos y hasta gritarme, una noche, que no había que ser huevón. Lo dijo mientras comíamos y Lilian se puso roja. Lo dijo también dando un golpe en la mesa y lanzando el tenedor a cierta distancia, sin considerar la presencia de otras personas.

Porque don Pedro, el buscavidas, el hombre que se levantó solo desde lo más bajo hasta la dignidad, siguió siendo siempre un ser algo primitivo en sus reacciones y en su manera de vivir. No quiso engrosar la fila cada día creciente de los nuevos ricos y no se preocupó de cambiar coche todos los años, ni de tener el traje adecuado para cada ocasión. Cuando

quiso decir algo, lo dijo con todas sus letras, sin pelos en la lengua. Y así fue con todos, sin distinciones de ninguna índole. Por eso terminó aquella comida asegurando que yo era incapaz de entender nada y que su hija se merecía algo mejor, que Felipe sí que valía la pena. Yo no tomé la cosa demasiado a pecho, sólo que no quise mirar a Lilian y callé...

En fin, si he querido decir que don Pedro, por su vida, era un hombre bastante primitivo —era anacrónico su *fumoir*— es para que queden más en claro las razones que una tarde, habiéndose recién bajado del camión en la puerta del colegio, para visitar a su hija enferma, lo impulsaron a detenerse, con su esposa colgada al brazo, frente al pabellón de cuyas ventanas escapaban grandes llamaradas, y decir, con su voz inconmensurablemente ronca:

—¡Qué lindo, carajo! ¡Qué bonito!

VI

IMAGINEMOS a una mujer que, siendo aún joven, recibe como única herencia a la muerte de su esposo (ocurrida en el extranjero) una pequeña casa, insignificante casi, en la calle Recoleta, en la cual ha estado funcionando un kinder, y cierta sobria suma de dinero; que, percibiendo tan sólo el valor del arriendo de esta casita, decide que será la dueña del colegio propiamente tal y, con parte de la sobria cantidad, logra comprarlo, convirtiéndose así en su propietaria y directora; que con el resto del dinero amplía un tanto su local, lo arregla, contrata profesores e inicia las preparatorias; imaginemos también que le cuesta años de sacrificio y sudor lograr un perfecto o casi perfecto equilibrio económico que le permita pensar que ya podrá, cuando llegue el momento, enviar a su hijo Jack a estudiar en Oxford, años de trabajo sin tregua, de peligro, de secretos sufrimientos, años en que ni siquiera habrá

tenido ocasión de pensar en sí misma, de rehacer su vida truncada aceptando a aquel joven profesional que se ha enamorado perdidamente de ella; que aprovechando ciertas disposiciones que un gobierno ha decretado para favorecer a la enseñanza particular mediante subvenciones, vende su local (corriendo nuevos riesgos, sacrificando tardes y tardes en el Ministerio y otras oficinas en que también es preciso hacer largas colas, esperar hasta el agotamiento nervioso, en un país donde las cosas, después de todo, se consiguen, pero a fuerza a veces de aumentar las canas, otras, de hacer una sonrisa hipócrita, y las más, con una tarjetita de algún ser influyente, un parlamentario, por ejemplo, ante la cual difícilmente se cierra una puerta) para comprar en un buen barrio, Providencia, digamos, una mansión donde su labor educativa se extenderá a la enseñanza secundaria, donde se formarán futuros bachilleres que irán a enriquecer el patrimonio profesional de esa tierra que no es la de ella, pero que la ha acogido con tanto calor (y a la cual hay que darle algo también), donde podrá mantener un internado, ayudando así a solucionar los problemas de muchos hogares; que años más tarde, consolidado ya el prestigio del nuevo plantel, decide que sobran habitaciones y que nada hay de malo en apor-

tar una ayuda al problema de la vivienda aceptando algunos pensionistas —no cualesquiera, desde luego, sólo jóvenes universitarios o empleados muy serios— mientras no crezca el número de los internos; en suma, que ha volcado toda su vida, sus anhelos, su pasión, en la ambición de llegar a tener un gran colegio y cuyo sueño está muy cerca de convertirse en realidad.

Imaginémosla ya de cierta edad, con el cabello acaso blanqueando y una lucecilla de íntima satisfacción en las pupilas que, sin embargo, no pueden ocultar ciertos dejos de tristeza, tras los lentes de fino marco dorado, sentada frente a un gran escritorio de ébano cubierto de muchos papeles en desorden, atendiendo alguno de los múltiples asuntos que se le presentan a diario, resolviendo acaso alguno de los difíciles problemas que, si no a diario, se suceden al menos con regular frecuencia, problemas que en otra persona (digamos mujer) menos templada podrían ocasionar estados nerviosos, amargura o hasta desesperación, pero que ella afronta con serenidad, fríamente, como *deben* afrontarse los problemas.

Imaginémosla, por ejemplo, sentada, tal como la hemos descrito, frente a un joven moreno de cabello desgredado que viste un pantalón de mezclilla y un ordinario suéter de cue-

llo subido y que permanece de pie, con las manos cruzadas atrás.

—Si no, señora —le asegura.

—No me venga con que no, jovencito. ¡ Sé perfectamente que sí!

En este punto podríamos preguntarnos cómo lo sabe. La respuesta no debe ser difícil: una de las criadas, Teresita, le ha pasado el dato al oído, y lo ha hecho precisamente cumpliendo con una de las funciones específicas que le fueron asignadas cuando se hubo ganado la confianza de su magnífica patrona: tenerla siempre al tanto de lo que ocurre tras los bastidores. De lo que se habla. De lo que se hace.

—Si no fui yo, señora —puede insistir el joven, inmóvil desde su sitio.

—¡ Déjese de cosas, Floridor! Yo lo sé. Tengo pruebas.

Y preguntémonos ahora qué es lo que se precia de saber.

Lo hemos aprendido también por Teresita, quien, amén de “agente confidencial”, es dueña de una lengua activa y succulenta. Sabe que Floridor, el mozo, suele dormir con una de las internas, cuyo nombre es preferible callar. Tal vez le sea tan difícil como a nosotros creerlo. Y no porque pertenezca él al bajo pueblo —ignorante, sucio, elemental— y ella, en

cambio, a una familia de cierto rango, sino por una razón muy distinta, porque ella —no él, *ella*— es de una fealdad verdaderamente abismante. Resulta pues curioso que ese joven por quien la misma Teresita o alguna de las otras criadas podría estar loca, se dedique a seducir a una rara mujer de abundante busto y con la cara permanentemente llena de granitos. ¿O fue ella quien lo sedujo? Todo lo que al respecto pudiéramos decir no pasaría de ser mera especulación.

Pero no desviemos nuestra atención de la señora.

Se encuentra ella ante un hecho consumado y muy concreto: diga lo que diga Floridor, aquella joven está embarazada. Un problema de proporciones cuya solución no puede hacerse esperar.

¿Qué hacer en semejante caso? Despedir a Floridor sería la primera medida razonable, a pesar de que es tan difícil encontrar mozos trabajadores. ¿Pero qué hacer luego si la joven en ausencia de su Adonis comienza a empalidecer, a perder el apetito y el sueño, como es frecuente que ocurra? ¿Traer nuevamente a Floridor? Tal vez, si es que él está dispuesto a aceptar tanto ajeteo. Y luego, ¿respecto de lo otro? ¿Llamar a los padres y exponerles la situación claramente? Asunto delicado y de

imprevisibles consecuencias. ¿Confiarle tal vez el caso a ese estudiante de medicina que tiene como pensionista? Inconveniente. Las noticias se divulgan y cuando han empezado a correr de boca en boca no hay quién ni qué las ataje. No. Se trata de algo estrictamente personal que ella misma, ella sola, deberá resolver, como tantas otras veces en la vida ha tenido que hacerlo frente a problemas verdaderos.

Imaginémosla ahora diciendo a ese joven Floridor que se retire y mantenga reserva, que se verá lo que se hace. Y luego, nuevamente sola en su despacho (a cuya puerta, por el exterior, se haya adherida una brillante placa de bronce con la palabra "dirección" en esmalto negro), buscando en su libreta las señas de un viejo amigo, un doctor que acaso quiera sacarla de este atolladero. Que seguramente querrá, porque no puede haber olvidado tanto.

Pero también, cuando la veamos una tarde subir en su Dodge con la muchacha en cuestión, dejemos que prevalezca en nosotros un claro espíritu de justicia e imaginémosla entonces, al recordar estas escenas, haciendo esto con un nobilísimo propósito: no permitir, por nada del mundo, que una mancha vaya a caer sobre el nombre del colegio; es decir, justifiquemos el riesgo que corre —¿no podría ocurrirle algo a la joven durante la opera-

ción?—, aludiendo a las más puras razones pedagógicas.

Y no se vaya a pensar que sólo por desatar la lengua —o la pluma— digo cosas que acaso nunca debieran ser dichas. Si he pedido que a la señora se la imagine frente a estas pequeñas circunstancias, es debido a un único fin que me guía: que se comprenda mejor su desesperación sin límites durante los críticos instantes en que, sudorosa, saliendo al patio en loca carrera con sus años a cuesta, desde el dormitorio de Lilian, mientras avanza la acción devastadora del fuego, escucha del inspector De la Jara las palabras:

—Jorge Pereira está encerrado ahí. ¡No quiere salir!

VII

VARELA ERA un profesor singular. A pesar de su juventud, era ya de los que "sabían mucho". Moreno y bajo, delgado. A veces, durante algún paseo al cerro o a Las Vertientes, además de convidarnos un habano legítimo o de ganarnos algo de dinero al crap —Jorge Pereira jamás olvidaba los dados—, dinero que siempre intentaba devolver y que nosotros hacíamos lo posible por rechazar, nos hablaba del Sur, de los lagos, de la lluvia, de su infancia en la pequeña escuela. También era un ser surgido de la nada. Como don Pedro. Como mi doctor. Un niño que caminaba tres kilómetros descalzo para llegar a la escuelita rural, que por felices circunstancias había continuado su educación hasta llegar a Santiago, al Pedagógico, donde se hallaba a punto de recibir el título y por el camino del verdadero éxito. Pero Varela no se jactaba de su trayectoria. Recordaba a sus compañeros de curso, descalzos como él y como él caminantes de largas distancias, y tenía

la honradez de preguntarse por qué otros a quienes no podía olvidar, otros que en clases habían sido mejores, más vivos, más inteligentes, seguirían allá abajo arreando bueyes, tumbando troncos, labrando alerces. . .

Con la expresión "saber mucho" creo que diferenciábamos a quienes, según nuestro juicio, debían estar allí enseñando de quienes no debían. Aunque a veces también ocurría que la frase iba acompañada de "pero no sabe enseñar", como era el caso de Lorca, el de francés, o de Perelman, el de química.

Varela sabía mucho. Pero algo más tarde comprendí que ese saber no era sólo el dominio de su ramo, de la materia que debía pasarnos, sino que era un saber bastante más profundo, un saber de la vida, un saber humano que se reflejaba directamente en su trato con las personas, con nosotros. De ahí que lo consideráramos el mejor profesor. Nos estaba enseñando cosas más importantes que el Poema del Cid o las Coplas de Manrique. Y su saber consistía en enseñarnos esas cosas precisamente a través del Poema, a través de las Coplas. (Los profesores discuten siempre y en más de una ocasión me ha tocado presenciar curiosos alegatos en que los programas escolares son puestos en tela de juicio. ¿Por qué enseñar materias tan añejas, autores tan de-

saparecidos como Berceo o el Arcipreste de Hita, que sólo sirven para aburrir al estudiante? ¿Por qué no quitarle tiempo a esa detestable literatura y dárselo con mayor generosidad a una enseñanza práctica del manejo del idioma? ¿Por qué no fijarse como meta el que los alumnos terminen el liceo sabiendo hablar y también escribir correctamente su propia lengua? —Es cierto que suele uno toparse con doctores o ingenieros incapaces de redactar bien un párrafo; es cierto que tras la investidura del título profesional a veces se esconde un deplorable “analfabetismo”, que buenos arquitectos, fuera de su ramo, no son más que absolutas nulidades, absolutos pigmeos—. ¿Por qué no dedicarle más a la gramática? . . . Cuando escucho a algún profesor sustentar estas teorías, me da pena. Que busque, le diría, a cualquiera de los que fueron alumnos de Varela, donde se halle, donde lo encuentre, a ver si no sabe hacer un párrafo o expresarse con propiedad. Y a ver si no lo aprendió justamente a través de aquellos “añejos” y “olvidados” que fueron creando nuestro idioma. Que un doctor se lea el Quijote y niegue después que le salen mejores los informes. . .) Era el profesor amigo, aquel en quien se podía confiar a ojos cerrados cualquier problema, por ajeno que fuera a los asuntos escolares. Era quizás el que

más se acercaba a ser un formador. El que iba hacia maestro.

Sin embargo, como todos los humanos, tenía sus defectos. La grandeza sólo lo pillaba de buenas.

Era violento. Y a veces —quién sabe qué problemas se ocultaban tras sus incomprensibles actitudes— permitía que un mínimo detalle le volteara el humor y se tornaba hosco, acaso amargo.

Era entonces cuando podía cometer errores, cuando podía herir, cuando se le salía el lado malo.

Una mañana sombría, de esas mañanas frecuentes antes de que se defina la primavera, cometí la torpeza de decir alguna impertinencia acerca de su rostro sin afeitarse. Me respondió y yo insistí con una impertinencia mayor, haciéndome de inmediato acreedor a un severo castigo: debía copiar quinientas veces la frase: "Cuando asisto a clases de castellano y, en general, siempre, tanto en el colegio como fuera de él, debo recordar que soy una persona responsable y, por lo tanto, comportarme como un hombre y nunca como un idiota, cual ocurrió la mañana del 24 de septiembre de 1950" (la fecha toda con letra). ¡Quinientas veces! Una frase que me ocupaba media hoja de cuaderno.

—Quinientas veces. Plazo, hasta el primero de octubre. Si no cumples, tendrás un “uno” para el bimestre. —Fue su advertencia después que terminó de dictarme.

Mis compañeros debieron tragarse la risa, temiendo que si manifestaban su regocijo pudiera tocarles un castigo similar.

Aquella misma tarde comencé. No habría llegado aún a la cuarta vez de escribir la frase cuando decidí que el “uno” constituía un castigo harto más suave. Arranqué las dos hojas del cuaderno y salí a la calle, gozando de una inconfundible sensación de libertad. Es la sensación que siempre me ha proporcionado la calle, la caminata. O la vagancia. Una sensación de mundo abierto, sin fronteras, de totalidad. Los múltiples olores de la calle corrientes y vulgares que de sobra conocemos y también los ocultos, los secretos, los que acechan para transportar a épocas lejanas de las que ni conservamos el recuerdo, sabiendo sin embargo haberlas vivido, que nos hacen detener los pasos frente a cualquier parte muy de súbito porque de allí viene, de allí sale o por allí atraviesa el olor que puede ser a estiércol o a fritangas o a perfumes, respirar luego hondo dejando que la sensación nos llene y tratar con todas nuestras fuerzas de recordar, sin querer sólo determinar qué aroma es, si viene del ma-

ní o de la leche quemada, sino queriendo ir mucho, mucho más allá, hacia descubrir la razón de su familiaridad, revivir lo perdido, lo para siempre oculto, porque si es verdad que la memoria de los sentidos supera a la de la mente, podremos perder el recuerdo de lo que nos ocurrió en nuestros primeros meses, en nuestros primeros años, pero si algún aroma entonces nos golpeó el olfato jamás dejaremos de reconocerlo y cuando frente a una puerta, o en un parque, o en el interior de una cité, caminando, nos crucemos con él, vendrá primero el golpe, y luego la lucha contra el olvido y por desentrañar de la maraña que son nuestras vidas ese pequeño instante hasta ahora y por siempre olvidado; como también los ruidos que de hábito hemos ido aprendiendo a no escuchar, porque ya no se fijan al atravesar la Plaza de Armas en que sobre el ramaje de la arboleda, sobre los viejos cipreses, hay un millar de pájaros cantando monótonamente, y aparte de saber tan sólo que están ahí y que cantan, no les escucha quien camina nervioso hacia la oficina, pasando por allí como un sonámbulo, ni quien cruza la calle para abalanzarse como un orangután sobre la primera liebre que se detenga, ni quien —a pesar del ocio— sólo lleva preocupaciones. . . , y sin embargo los gorriones, que elevan su canto por

encima del bocinazo, de la frenada brusca, del taconeo sobre el pavimento, las radios, el ruido de las tiendas, el cántico de los canillitas, el inquietante rugido de los monstruos verdes al dar el pique de esquina vomitando sus gases ponzoñosos, son a pesar de todo desoídos y acaso sólo alegren la tranquilidad de los ancianos que suelen sentarse en los escaños bajo los árboles a ver pasar las horas y transcurrir la vida, la agitación que ya no los conmueve, a enterarse del mundo por los diarios, y a los que caminan libremente rumbo hacia ninguna parte, desde cualquiera; a los que caminan por caminar, sin apuro, sin acechanzas, sin horario, deteniéndose frente a una ventana para escuchar el funcionar rítmico y sin melodía de una máquina de coser, o hacerle caso a la puerta adaptada de un antiguo garaje de donde emerge el seco martilleo sobre el taco, y avanzar hacia el serrucho fabricando aserrín y los perros que ladran al desconocido; y también el color de los barrios, de las ropas en las distintas estaciones, los verdes rojos fuertes que atacan la vista en primavera y el gris de la niebla y los suaves tonos lilas, los rosas desteñidos, los celestes de las pequeñas casas de viejos barrios y el verde que cunde en septiembre y el color tristísimo del otoño... y es la misma ciudad —su desarrollo, su crecer— quien tra-

ta de aniquilarnos la sensibilidad para captarla. Es su poderosa presión, su peso sobre nuestras pobres humanas espaldas.

No, yo definitivamente no haría las frases. No las hice.

Y el día en que Varela colocaba las notas en el libro de clases, cuando me preguntó: "¿Hiciste las frases?", y le dije: "No, señor. No las hice", lo vi dirigirme una rápida mirada y anotar una cifra en el libro, que luego cerró. Sólo durante el recreo vine a saber que la nota con que fui calificado era la que correspondía a mis trabajos y a mis pruebas.

—Te felicito —me dijo, caminando junto a mí por el patio, donde correteaban en sus mamelucos los niños de preparatorias.

—¿Por qué, señor Varela?

He dicho ya que era desconcertante y contradictorio.

—Por no haber hecho las frases —respondió—. Te puse un "cinco". De haberlas hecho, te habría puesto un "uno" por imbécil.

Y no fue la única ocasión en que me felicitó. Hubo otra.

Yo no era comunista, pero si en aquella época sentía cierta admiración por quienes lo fueran, ello se debía a varias razones que perfectamente podría delinear: comunismo nunca tuvo para mí el significado de maldad, opre-

sión o esclavitud que mucha gente le atribuye porque uno de los grandes monstruos del siglo, la propaganda unificadora, se lo ha inculcado, sino que estuvo más bien asociado a valores individuales distintos, como el coraje, por ejemplo, la audacia, el heroísmo. Además, de niño oí hablar siempre con respeto de la Unión Soviética y conocí también, en mi propia casa, a dos comunistas de veras, que me parecieron excelentes personas. Uno era profesor. El otro era un vago que pintaba y que solía darme en el vientre unos coletos para que yo le dijera "usted es el que me hace así en la guata". Otra razón era la simpatía que siempre he sentido por los perseguidos. En las películas de *cow-boys* contra indios estuve siempre al lado de las flechas, y en las de gangsters me era verdaderamente muy difícil simpatizar con la policía. Tenía que tratarse de gangsters muy babosos, lo cual no era frecuente que ocurriera. En "Angeles con Caras Sucias" se me habrían arrancado las lágrimas —de no estar con Lilian— cuando llevan a James Cagney a la silla eléctrica... Y como en esos días los comunistas se hallaban fuera de la ley y eran perseguidos por la policía política, privados del derecho a trabajo y relegados al puerto de Pisagua cuando se les sorprendía en sus actividades clandestinas, yo preferí estar de parte

de ellos y en contra del gobierno. Aunque yo no sabía nada de política.

Una mañana todos los alumnos, ordenados por cursos, formaron filas en el patio del colegio. Se cantó el Himno Nacional mientras era izada la bandera y luego vino el discurso enviado por el Ministerio de Educación. Lo leyó un profesor de otros cursos, cuyo nombre he olvidado. Y cuando el informe llegó a lo de la Unión Soviética y se refirió al monstruo siniestro de la amenaza roja, me dio rabia y, abandonando la fila, a vista y sorpresa de todos, crucé el patio para meterme en mi sala de clases. Sentí que mil ojos se clavaban sobre mis espaldas.

Pero no quise volver la cabeza.

A los pocos minutos llegó cojeando De la Jara.

—Haga el favor de volver a la fila —me dijo.

Pensé que cuando un hombre emprende una acción debe, a menos que se dé cuenta de su error, llevarla hasta las últimas consecuencias. Y no volví a la fila.

—No —le dije a De la Jara.

—¡Señor...!

—Vengo aquí a estudiar —agregué interrumpiéndolo— y no a tragarme propaganda política.

—Muy bien, señor... Usted se lo buscó: espéreme en la dirección...

Mi atentado contra esa disciplina formal del colegio no tuvo consecuencias graves. Un poco de lata, un largo y maternal sermón de Mrs. Conn y eso fue todo.

Y en la tarde de ese mismo día (era el aniversario de las Naciones Unidas), el profesor Varela volvió a felicitarme.

—Muy bien lo que hiciste —dijo—. Tienes agallas. —Y no agregó más.

Quise explicarle que no desempeñaban papel alguno las agallas, puesto que había actuado espontáneamente y no como producto de una decisión, pero me sentí halagado y callé...

Tal vez las arbitrariedades de Varela —lo desagradable que había en él— sea preciso atribuir las a factores de orden temporal. Es decir, no era justo tomarlas como rasgos negativos de su carácter, sino como el resultado de un hecho del que no era culpable y que superaría el tiempo: la poca diferencia de edad que existía entre él y nosotros; el temor de no ser respetado en ciertos momentos por un puñado de adolescentes que podían tornarse salvajes, como Pereira con Lorca, o como cuando

rompió la prueba de francés marcada por un "uno" rojo en las narices del profesor, porque éste lo acusaba de haber copiado, lo cual, según sostuvo con obstinación, era falso.

Varela se defendía de la potencialidad de nuestro salvajismo (una vez Felipe arrojó su gorro de cuero a la cara del profesor de gimnasia, quien replicó asestándole un bofetón en la boca, partiéndosela, lo cual le valió futuros sudores, pues nos declaramos en huelga frente a sus clases y dejamos de asistir hasta que él torció el brazo, teniendo que dar una explicación y disculpar su violencia, la que después de todo había sido provocada por otra violencia a la cual no se exigieron explicaciones), se defendía de nuestro salvajismo mostrándose severo y violento en ocasiones que no requerían violencia ni severidad.

Una vez, por ejemplo, mientras explicaba su materia sorprendió a Julio, el "Chencho", jugando con un pequeño objeto entre los dedos en lugar de tomar notas.

—¿Qué es eso, Gómez? —preguntó sin gravedad, más bien con ironía.

—No, señor... Nada.

Hasta en estos detalles, Varela se nos parecía. Su trato al "Chencho" era igual que con cada uno de nosotros, sin ser más considerado, sin caer jamás en diferencias que pudieran

hacerle recordar su defecto, aunque, en realidad, su defecto era inolvidable. Era un peso monótono y constante que no podía dejar de sentirse. Pero el "Chencho" mismo, con su personalidad poderosa, su valentía para afrontar los delicados problemas que en cada etapa la vida va poniendo a los hombres, hacía disminuir el efecto de su tragedia. El mismo poseía el humor suficiente para decir, rascándose cualquiera de sus piernas ortopédicas: "Parece que me anda una pulga", o "Puchas que me duele la rodilla". Pero uno de sus errores era tener que estar jugando siempre con algo en las manos.

—¡Cómo que nada! —insistió Varela—. Pásamelo.

Gómez le entregó una insignia en forma de águila, negra con rojo, que simbolizaba a un club deportivo. Porque el "Chencho" era gran aficionado a los deportes. Iba a todos los partidos de su equipo y, cuando jugábamos nosotros, él nunca quedaba fuera, y si alguna vez la pelota le llegaba cerca, lo dejábamos chutear, no se la quitábamos.

—¡Hombre, qué bonita! —dijo Varela. Y, dejándola caer al suelo, la aplastó con el taco del zapato, preguntando—: ¿Se rompe?

Eran bromas y, aunque irritantes como pudieran resultar, no había más que tomarlas

con humor. La insignia, desde luego, se rompió y el "Chencho" quedó amurrado toda la tarde. Necesariamente amurrado; pero no con la sensación dolorosa que debe producir un trato forzosamente suave cuando la causa es la falta de las dos piernas. Al resto el hecho nos pareció cómico y no pudimos disimularlo, lo que acentuó la irritación del "Chencho", quien, durante los recreos, se aisló y no quiso dirigirnos la palabra.

Eran bromas. Bromas de Varela que terminaron por adquirir fama en el colegio. Pero bajo la superficie de ellas creo que se ocultaba cierta debilidad. Tal vez no significaran más que métodos de imponerse, de hacer sentir una autoridad de la cual no estaba muy seguro.

Sostengo, sí, como ya lo dije, que esas actitudes no eran de durar y que Varela tenía todas las condiciones para llegar a ser un buen arquitecto de almas. Lo creía entonces y lo sostengo ahora que conozco un poquito más de la vida. Y en algunas cosas que entonces creía, el tiempo me ha ido dando la razón.

Otra cosa que nos gustaba en Varela es que no acaparaba la simpatía de las autoridades máximas del colegio: Mrs. Conn y De la Jara, su eminencia gris. Algo había ocurrido entre él y la directora. Nunca supe qué. Y si

Varela siguió allí haciendo clases, se debió de seguro a que ocupaba una habitación en el pensionado, la cual pagaba con su trabajo.

Pero entre Varela y De la Jara era más notoria la evidencia de una enemistad, o más bien de una antipatía, originada quién sabe dónde.

Aunque había notado que nunca hablaban o que jamás cruzaban una sonrisa al saludarse, no creí percibir nada especial hasta aquella tarde de fuego en que, reunidos frente al pabellón de los internos mientras un bombero, desde su escalera, rompía los vidrios del segundo piso, Varela le dijo a De la Jara, con cierta ironía acaso amarga:

—No te preocupes. A ti, el pez gordo no se te escapa.

VIII /

ACASO LA época en que Lilian y yo compartimos los días sea la más feliz que recuerdo. Por entonces todos los otros factores que constituyen la vida parecían no existir. O estaban, al menos, muy relegados al patio trasero. Vivíamos el uno del otro y el uno para el otro. Como en un estado de locura, de permanente frenesí. Era distinto, casi mágico, el cristal a través del cual se contemplaba el acontecer cotidiano. Un árbol en cuyo tronco se había grabado a cortaplumas un corazón, el escaño de una plazoleta, un jardín espeso de flores y plantas, la canción escuchada bebiendo un café una mañana de sol, la cordillera nevada, las calles diáfanas después de la lluvia, la discusión en el anochecer de Pedro de Valdivia, la brisa suave y tibia con que al llegar nos impacta la primavera, todo, cada cosa, por muy simple, cada elemento, cada pequeño acto, nos unían, nos anudaban más, íbanse cristalizando en nuestras memorias y ya nunca conocerían el

olvido. Es un curioso estado que todos han de vivir, supongo. Compadezco a quienes nunca lo conocieron. Y acaso envidie a quienes que man en él su existencia, a los que siguen siendo y nunca dejarán de ser adolescentes. Felices ellos, porque nunca, nunca volverá a ser igual... Para mí fue una especie de sueño: antes de que entre ambos brotara el amor las cosas habían sido muy distintas. Después que el amor se quebró, también lo fueron.

(Pensamos en alguna etapa que el verdadero amor y el sexo son cosas muy separadas. Que nada tienen que ver entre sí. Y nuestros ardores se dirigen a las personas que más lejos pueden estar de nuestros sentimientos. A las domésticas, a las empleadas de fuentes de soda. O a las putas. Pero no se nos pasa por la mente terminar con la virginidad de la muchachita burguesa que nos tiene profundamente enamorados. Ella es para el pololeo inocente, para el matrimonio, después. Y al matrimonio deben las mujeres llegar puras. Si por algún morboso giro de las imágenes visualizamos a la Dulcinea al masturbarnos, sentimos después que la conciencia se nos llena de vergüenza y un afecto piadoso hacia ella nos invade. Ellas no son para el sexo, sino para la pureza, porque sexo y pecado, sexo y mal corren juntos, se nos ha dicho siempre. Son

las ideas que nos deforman desde que adquirimos uso de razón. O desde antes. Las que crean hombres incompletos y mujeres que jamás podrán amar sin temor, con libertad, para quienes estará pesando siempre la potencialidad de un inefable castigo; la vergüenza. O el remordimiento.)

Antes de Lilian el amor estuvo parcelado. Ella significó el descubrimiento, el ascenso verdadero hacia la región de los dioses, hasta la integridad de una relación que no se atrevió a excluir ni la ternura, ni la violencia, ni la vergüenza del fracaso. Fue la tranquilidad de poseer y la inquietud, el temor de perder lo que se tiene. Significó por una vez la ilusión del amor, el anhelo irrefrenable y desesperado de eternizarlo.

Después, en cambio, no volví a creer en el amor. Porque nunca vino en la misma forma. Porque no volvió a tener inocencia. Porque nunca perduró.

Y porque había aprendido algo nuevo. Que nada es eterno. Que la palabra "siempre" es una falacia. Se puede amar muchas veces. O pocas. O menos que pocas y más que muchas. Pero ya se sabe, porque la primera vez lo enseña, que todo amor lleva como meta su sepultura. Más tarde o más temprano. Generalmente más temprano, si es que en su desa-

rrollo no llegan a alzarse poderosos obstáculos.

Solíamos sostener con firmeza y convicción que en un futuro prudente nos íbamos a casar. Para algunos esto no pasaba de ser una sarta de chifladuras, de leseras de juventud. Querían desalentarnos, asegurando que casarse jóvenes era el plan de toda pareja no iniciada, que era una estupidez. Trataban de hacernos creer que el amor adolescente, por violento que pueda tornarse, nunca es profundo. O se limitaban a sonreír incrédulamente, con cierta condescendencia.

Pero nosotros persistíamos. Nos aferrábamos a nuestra ilusión. Y nos estimulaba el hecho de que Varela creyera en nosotros. Que no me preocupara de lo que dijese, que me guiara siempre por mí mismo aunque a la gente no le gustara, que nos casáramos si queríamos casarnos. Esos eran sus consejos. Tal vez habrá dejado ya de ser un idealista.

Felipe, en cambio, con su sonrisita, me dijo una vez:

—Diez mil pesos a que no te casas con Lillian. Apuesta a largo plazo.

Habíamos bebido varias cervezas con Pereira, y yo, en mi exaltación, ¡qué dudas podía tener!, le respondí sin vacilaciones que sí, que

los diez mil pesos estaban apostados. ¡A largo plazo!

Creo ahora —no estoy seguro, pero creo— que ya por entonces Felipe conocía mejor que yo la respuesta a esa interrogante. Que tenía sus planes bien trazados. Porque algo que yo no supe debió ocurrir durante aquel baile de disfraces que organizaron las profesoras, los pensionistas y los alumnos mayores para celebrar el aniversario del colegio.

Mrs. Conn, chispeante como el champaña de su copa, hizo un brindis por la salud y la felicidad de todos y, después de pasearse por la gran sala, en sobrio negro, hablando con unos y con otros, se retiró dignamente. Que se divirtieran los jóvenes. Ella no estaba ya para esos trajines.

Algo pareció cambiar cuando se fue. Como si al unísono todos los que allí se encontraban hubiesen expirado el aire largamente aprisionado en los pulmones.

Vino la música. Vaqueros, piratas y arlequines comenzaron a bailar con reinas y hadas y gitanas. Se agigantó la alegría en la misma proporción en que iban disminuyendo el ponche, el ron que se mezclaba a las coca-colas y los jarros de pisco sour.

Se agigantó la alegría y empezaron a ocurrir las cosas raras.

Cosas raras entre las personas. Cosas imperceptibles y sutiles que a veces no se captan. Gestos —todo se reduce a gestos—: muecas desdeñosas y sonrisas que dicen más que las palabras, que pueden ser un balde de agua fría o una tibia satisfacción. Que a veces pueden virar el rumbo de las relaciones entre la gente, engendrar odios o simpatías, hacer que nazca el amor o que se cometan singulares locuras.

Una profesora que bailaba muy acaramelada con un pensionista nicaragüense, desapareció con él y sólo mucho más tarde se les volvió a ver bailando, ya sin tanto entusiasmo, sin tanto calor (los gestos, los gestos). Si el hecho me golpeó, fue porque ella era casada. Y porque su marido era un buen tipo. Lo había conocido durante una de aquellas fiestas saba-tinas. Un buen tipo tranquilo, sereno, de agradable cordialidad. ¿Por qué entonces? ¿Por qué en su ausencia, excitada por el baile y el licor, la mujer, también tranquila, también amable, decidía en un momento jugarle así, romper acaso de un tris todo lo que juntos estarían construyendo? ¿O es que después ella sería capaz de seguir mirándolo a los ojos, de fingir y dejar que todo siguiera igual, como si nada? ¿Por qué —me preguntaba— aquella mujer, madre de un niño por el cual acaso el

padre estaría velando para que ella no se perdiera la fiesta, cedía al engaño y la traición? ¿Acaso el traje de india emplumada la transformaba, y acaso el pescador con que se iba dejaba —por vestir de pescador— de ser el mismo nicaragüense a quien podía ver todos los días desde lejos saludándolo apenas con un ligero asentimiento de cabeza?

Hechos como ése solían producirme cierta angustia. Me torturaban, haciéndome dudar de todo —¿es que en nada había solidez?—, dudar hasta de Lilian, preguntarme si ella también sería capaz. Pero luego volvía la calma. Relegaba las imágenes —Lilian besándose con uno de bigotes, agazapados junto al portón verde de la casa; Lilian caminando de la mano con otro sin bigotes Parque Forestal adentro en el anochecer; Lilian y De la Jara tendidos sobre un chal en las dunas, por Ritoque, bajo la luna de verano; siempre Lilian, siempre rostros conocidos— a otra zona más oculta de de la memoria y algo se tranquilizaba entonces en mi interior. Volvía a ver los rostros que siempre había visto, tales como los había visto siempre.

Es que creía, de veras creía, vivir rodeado de un enjambre de dulces personas; de buenos amigos.

Porque entonces no conocía el veneno.

Sólo algo más tarde —no mucho, ya que todo partió de ahí— abrí los ojos al mundo que nunca había querido ver: el que se escondía tras la sonrisa, tras la frase amable y la reverencia.

El profesor Varela vestía de académico, con una toga de seda oscura y un birrete que le habían prestado. Bailaba poco, bebía bastante y no podía evitar cierta tendencia al aislamiento. ¿Por qué? El, que era sociable, inteligente, vital... Lo adiviné. Y lo comprendí.

Lo comprendí cuando tomó de la mano a Miss Lucy —elegantemente disfrazada de Robin Hood— y le dijo:

—Lucy, salgamos al patio. Quiero hablar contigo —y ella, con una mirada fría y dura, le respondió retirando bruscamente la mano y alejándose, como quien desecha a un perro.

Nunca antes había tenido la menor sospecha. En ese momento lo supe.

¿Por qué Lucy, que no era ni fría ni dura, trató con dureza y frialdad a aquel hombre enamorado? ¿Por qué, en cambio, se acercaba siempre a los grupos en donde se hallara el tuerto pirata Felipe, quien lo único que parecía desear era mantenerse a distancia de ella?... Bebí por primera vez un buen taco de ron puro que apaciguó un poco mi desconcierto.

Cosas. Pequeñas cosas que ocurrían y que en nada alteraban la animación de la fiesta.

Sambas, rumbas, mambos de moda a toda bulla, y Lilian, la sonrosada gitana, bailando como furiosa con el *cow-boy* Jack, el hijo de la directora.

Nunca me gustó Jack. Era uno de esos tipos simpáticos, tunantones, que atraen mucho a las mujeres. En el colegio gozaba de una situación especial. Ni alumno, ni pensionista, ni profesor. Simplemente el hijo de la directora. Con pase libre para todo, circulaba a sus anchas por el establecimiento. Podía reemplazar al profesor de inglés, si éste faltaba, o dárse las de inspector y ejercer autoridad con los alumnos menores si el humor le estaba fallando, o sentarse al piano de la galería y tocar románticos aires aprendidos en su infancia. Pero, por lo general, prefería tomar el coche de su madre y salir a remoler con sus amigos. Mrs. Conn, desde luego, se lo consentía todo.

Era, indudablemente, un tipo simpático, desenvuelto. Llevaba siempre a flor de labios la frase apropiada a cualquiera situación. Tenía mundo. Vestía con gusto y calidad, además. Es decir, casi nada le faltaba para ser el tipo de hombre a quien las muchachas consideran ideal (alto, rubio, varonil), el galán de pelícu-

la que hace y deshace con los corazones. Y él lo sabía. Y sabía también explotarlo.

Pero era un patán.

Si bien las profesoras nunca lo invitaban a sus bailes, acaso por evitar inexplicablemente que Mrs. Conn se enterase, más de alguna había tenido sus asuntos con él.

Y también más de alguna alumna.

Era seguro y se consideraba infalible. Eso es lo que me irritaba en él.

Miraba a Lillian con ojos de tenorio enamorado, llenos de coquetería y solicitud, y a mí como un simple cero a la izquierda, como el rival sin importancia que puede ser apartado de un solo papirotazo. Desnudaba a Lillian con la vista y desvergonzadamente le analizaba las piernas, las caderas, el talle. . .

Era un hecho que andaba tras de ella. Además, Lillian me lo había dicho: que la buscaba para conversarle, que le hacía invitaciones al cine, que le sostenía la mano durante mucho rato y que le pedía que le enseñara piezas de piano.

Por todo eso, el tipo me caía como el inferno y nunca dejé de guardarle aversión.

Por eso, también, mientras Lillian-gitana y Jack-vaquero bailaban mambo tras mambo, yo, que para evitarlo habría tenido que saber bailar esa música detestable (nunca he dejado

de ser una nulidad en lo que a baile se refiere. Hubiese querido aprender a coordinar los compases de un buen jazz, a sentir ese relajo maravilloso que he visto en otros, desenfrenándose, sublimando en unos minutos de soltura las contenciones salvajes de un día de ciudad, de ciudad que crece y que mientras más crece, más presiona... Pero nadie jamás logró enseñármelo), mantenía ojo vigilante y bebía, encontrando por primera vez el relajo y la tranquilidad de espíritu que puede producir el licor. Mis ojos, desde la máscara de goma de viejo loco, o degenerado, con sombras verdosas cadavéricas y una cicatriz cerca de la boca, tras la cual nadie que no supiera (aun mi ropa se ocultaba bajo un ancho pijama a rayas) podía haber adivinado que ahí estaba yo, los seguían por la pista; los veían reír cuando se juntaban demasiado y trataban de adivinar lo que se dirían por el movimiento de los labios.

Fue durante uno de esos acercamientos cuando Jack, tomándola de sorpresa, la besó, provocando, debido a la violenta negativa de Lilian, una tensa situación.

Aunque poco me habría favorecido una pelea con él, juzgué mi deber —y la única actitud digna— acercarme a ellos, quitarme con faramalla la máscara y exigir una explicación.

Pero llegué tarde. Alguien más ágil, de mejores reflejos que yo, o con más agallas, se me había adelantado, respondiendo a la ofensa con un puñetazo a la mandíbula de Jack.

Ese alguien fue Felipe. El pirata tuerto.

Mi amistad con Lilian era vastamente conocida y popular. Desde ese punto de vista, Jack había cometido un error que sólo le mereció palabras reprobatorias, pero que no estaba destinado a terminar con la animación de la fiesta, y que no llegó a constituir una de esas cosas raras a que me he referido, ya que fue algo palpable, externo, visible.

Lo raro sí —y ante ello todos, al igual que yo, habrán sentido que algo inexplicable ocurría por lo bajo— fue que Felipe, el pirata, y no yo, el viejo degenerado, tomara con tanta rapidez la defensa de Lilian. Muchos, ignorantes de mi disfraz, habrán pensado que yo me hallaba ausente. Otros pensarían que era un cobarde... En todo caso, pelea no hubo, porque a Jack lo retuvieron y lo calmaron entre varios. Se disolvieron, sí, algunos grupos y se formaron otros. Y acaso ésta fue la única consecuencia del incidente.

La fiesta siguió su curso y la excitación continuó creciendo mientras se agotaban el ron y el ponche. Y el pisco sour.

Opté por seguir de incógnito. Mi disfraz

era el de menos aspaviento, creo, el de menor preparación; pero era un disfraz de primer premio. Con el pijama rayado ocultaba mi traje sal y pimienta que casi todos me conocían. Un pañuelo de cuello que mi padre me había regalado me tapaba un lunar relativamente visible. Y la máscara, la estupenda máscara de goma, adherida al rostro y sujeta arriba por un viejo sombrero. En parte, mi diversión había sido, más que nada, recorrer el largo salón con el vaso en la mano enguantada, acercarme a los grupos, escuchar, hablarles a veces, simulando voz senil, de ellos mismos, dejándolos en la incertidumbre, picaneándoles la curiosidad. Era mi placer, ya que no bailaba. Hasta que lo de Jack...

Seguí bebiendo ron y Lilian bailando. Era como loca. Una vez que comenzaba no podía cesar. En eso nos faltó comunicación. Ella tenía ritmo, gracia para moverse, pasión. Yo, en cambio, sólo atinaba a dar uno que otro paso coordinado cuando tocaban un vals, o alguno de aquellos viejos *blues* muy suaves, muy latigudos, para bailar muy juntos, casi sin moverse.

Lilian bailaba con Felipe cuando se apagaron las luces.

Hubo una ligera confusión y se escucharon agudos gritos. "¡Que no enciendan!", pro-

puso mucha de la gente. Y acaso se habría mantenido la oscuridad unánimemente de no producirse en esos momentos raras ocurrencias. Las mujeres se quejaban y protestaban, mientras se elevaban voces masculinas reclamando inocencia.

Cuando alguien logró iluminar la sala, un extraño, un espadachín de negro, enmascarado, reía de pie sobre una de las mesas, blandiendo un florete verdadero, el mismo con que había asestado leves pinchazos a las nalgas de las muchachas.

Reía con risa hueca y no mostraba ni un milímetro de piel o cabello por los cuales pudiera haberse identificado.

—¡Qué se baje y muestre la cara! —exclamó alguien.

Y al obtener como toda respuesta una ofensiva carcajada, avanzó unos pasos y arrojó al rostro del enmascarado el contenido de su vaso.

Ese alguien fue el fino arlequín De la Jara.

Después de eso se armó la zafacoca: el enmascarado saltó al suelo y dio a Arlequín dos o tres floretazos que lo dejaron chillando; luego, abriéndose paso, llegó hasta el interruptor, volvió a cortar la luz y huyó a través de una ventana.

Aunque muchos quisieron darle al episo-

dio el carácter de una excepcional aventura y rodearlo de misterio, algunos sabíamos —lo habíamos adivinado— que el enmascarado no era otro que Jorge Pereira.

Y uno de estos algunos era el inspector De la Jara.

Tal vez por eso —un hombre capaz de apasionados odios— aquella otra tarde, tiempo después, mientras un bombero trepaba al dormitorio de los internos, De la Jara, sin percatarse de que alguien se había situado junto a él, osó murmurar:

—Reviéntate, Pereira. ¡Arde como un gusano!

IX

SI ENTRE nosotros, el curso, Varela era el más querido de los profesores, puedo decir también, sin exagerar, que De la Jara era el más odiado, el único temido. Era, además, el más misterioso; es decir, aquel de quien sabíamos menos, de cuya vida fuera del colegio ignorábamos más.

Si de Varela sabíamos, por ejemplo, que las bastillas de sus pantalones estaban roídas debido a su pobreza, ignorábamos en cambio la razón por la cual De la Jara, hombre de recursos, según lo demostraba un moderno convertible, no cambiaba jamás su ya brillante traje negro.

Si Varela trabajaba en el colegio era, sin lugar a dudas, porque de una u otra forma debía costear su vivienda, financiar sus estudios universitarios, que aún no concluía. Si lo hacía De la Jara, nadie sabía por qué. No era, en primer lugar, ni profesor de carrera, ni estu-

dian­te del Pedagógico. En segundo lugar, no era —no podía ser— la necesidad lo que lo había llevado hasta allí. Había otros móviles. Y, en tercer lugar, jamás tuvo el más ínfimo gesto de cariño por la labor que creía estar desempeñando. Jamás dejó entrever que le gustara hacer una clase, ni tan siquiera que le interesara la historia. Porque hay profesores, como Varela, que ponen amor en lo suyo.

¿Qué era entonces?

Solía rumorearse, debido a la rápida carrera que se fabricó desde su llegada al colegio —carrera que si bien no lo llevó a títulos bombásticos porque no existían los cargos, lo situó sin embargo muy por encima del resto del profesorado, ya que él, por la confianza ciega que Mrs. Conn le depositó, *podía* tomar decisiones, imponer medidas de disciplina por el puro gusto, medidas estúpidas como la de usar tal puerta y no tal otra cuando siempre se había usado la segunda, citar a los demás profesores a fin de conversar con ellos sobre sus labores, vale decir, pedirles cuentas, y ocuparse de muchos otros asuntos como si fuera el propio dueño—, solía rumorearse, decía, que sus ocultas pretensiones eran las de ir ganando y ganando terreno hasta tornarse de tal manera indispensable, que el colegio cayera virtualmente en sus manos; es decir, su plan a

largo plazo habría sido, según estas versiones, apoderarse del colegio.

Sin embargo, no siempre había odio en los ojos de De la Jara.

Y, a pesar de todo, sí había cierta ternura.

“El pez gordo a ti no se te escapa”, le dijo esa vez Varela.

Y eran palabras incomprensibles. Palabras que podían ser una confirmación de estos rumores o que podían no tener relación alguna con ellos.

Aunque nunca tuve motivos para dudar de esos rumores, sea mejor, para rechazarlos, tuve sí razones poderosas para creer —creer sólo, nunca saber, nunca estar cierto— que las causas que lo indujeran a buscarse esa ocupación con la que no guardaba lazos profesionales y de la que no tenía necesidad económica eran otras muy distintas.

Y estas sospechas mías, debido a algunas insinuaciones que en cierta ocasión escuché, estaban relacionadas con esa ternura que se quería ocultar en sus ojos, en su mirada, en su trato con los niños menores.

Era curioso que la severidad que tenía para nosotros, tan inexplicable como injusta —castigos irracionales, palabras ofensivas, insultantes a veces, mal trato, incomprensión— pareciera disiparse, transformarse en otra co-

sa muy distinta en sus relaciones con los alumnos de preparatorias. Para ellos guardaba siempre una sonrisa, una caricia en el cabello, una frase cariñosa.

Pero mis sospechas eran falsas. Mucho más tarde vine a saberlo, como siempre es más tarde que venimos a saber las cosas.

Yo había interpretado erróneamente ciertos hechos que me parecieron equívocos, torcidos. Pero nunca se me ocurrió pensar en las huellas que sobre un hombre puede imprimir la desgracia.

¿Que se proponía De la Jara? Un tipo de ingrata presencia. Hosco, con la marca aparentemente inconfundible de las grandes ambiciones, del ansia de poder. Caprichoso y abusador. Un tipo que jamás le hablaba a nadie sobre sí mismo; acerca de quien todos tenían algo que preguntarse. Que vivía —se comentaba— solo, con un perro, cerca de la cordillera, y que manejaba su automóvil a velocidades inverosímiles. Que no escatimaba esfuerzos por ser grosero o impertinente. Y que sin embargo ejercía toda la simpatía de que era capaz con los niños. Que había llegado a dominar un colegio, a intervenir en todo lo que se resolviera. Que podía limpiamente decirle a una alumna que tenía alma de alcacho-

fa, o a un alumno que acababa de perder a su madre que para qué estaba ahí, si no servía ni para basurero.

Y que, sin embargo, al escuchar las palabras que Varela le decía mientras se quemaba una parte del colegio, fue capaz de cubrirse la cara con ambas manos para que nadie viera las lágrimas. Derramadas acaso —interpretación muy posterior— ante el recuerdo quizás obsesivo de dos muertes: la de una mujer y la de un niño pequeño entre las llamas de un auto chocado en un camino de polvo. La muerte de su esposa. Y la de su hijo.

X

NO EXISTE la pareja perfecta. Y la imperfección, en estos asuntos, no es una cosa mala. Tal vez ninguna pareja, a riesgo de caer en absurdas monotonías, deba prescindir de la discusión, de la violencia. De la pelea. Como si la oposición, el encuentro de fuerzas antagónicas, aquello que suele crear resentimientos y tristezas, rencores, dieran nuevos bríos, energía fresca para el amor.

Entre Lilian y yo no todo fueron besos y dulzura. También peleábamos.

A ella, por ejemplo, le irritaba ese no-sentido del tiempo que tenía yo, el que me hacía llegar tarde a todas partes y que durante tres domingos la dejó esperando por lo menos media hora en la puerta de la iglesia, a la salida de misa; el que determinó mi despido de la firma hace poco. El que hace no tanto me llevó por primera vez a meditar durante horas y horas, cuando lo creí perdido, cuando a me-

dio parque descubrí de pronto que marchaba demasiado rápido, casi corriendo, sin tener en verdad ningún apuro, sin que nada ni nadie me viniera persiguiendo. Tenía que llegar a una casa y el tiempo me sobraba y ¿a qué apurarme entonces? ¿Desde cuándo caminaba con prisa; era sólo ese día, era de ayer, de anteayer, de la otra semana? ¿Qué tipo de cambio era éste; no lograría más gozar de la vagancia ociosa; dónde se ocultaba la fuerza que me estiraba y aceleraba los pasos, haciéndome perder, ignorar, inadvertir los múltiples encantos que puede prodigar un parque?

Era la ciudad. La ciudad que nos coge como a migas y nos echa a andar, nos pone en movimiento, sometiéndonos a su ritmo imposible de escapar. La ciudad que pesa, que crece y se nos viene encima hasta cegarnos, hacernos perder el sentido de todo lo que ocurre. Comenzamos a vivir como autómatas y ya nada de lo que hacemos es voluntario. Todo es necesario. Comemos, maldormimos, fornicamos, trabajamos por nuestro pan, defecamos, nos lavamos los dientes. Pero hemos dejado de gozar de las pequeñas cosas. De comer, de dormir. Es un monstruo titiritero. Nosotros somos las marionetas que apiñadas en una esquina de la Alameda se lanzan al cambio de luces todas a saltitos, a pequeñas

carreras hasta la mitad de la calzada, a esperar el nuevo turno, mientras algún temerario, un intrépido insolente, a todo meter sortea vehículos, hace frenar camionetas y es miserablemente atropellado en su frenético intento de alcanzar la otra orilla; las que en un moderno *quick-lunch* son capaces de comerse, de tragarse un bistec con ensalada, de pie, en tanto que alguien espera el lugar, porque no hay tiempo de sentarse, no hay tiempo para masticar.

Me propuse aquella noche firmemente no apurarme nunca más. Para nada. Y a la mañana siguiente perdí el micro por no correr tres pasos y me alegré y llegué a todas partes de nuevo tarde y por la noche tuve un sueño tranquilo y no me dolieron las piernas ni la espalda, porque ese dolor cotidiano que tenía, descubrí que no era el dolor saludable del ejercicio físico, de la caminata por Pedro de Valdivia hasta Las Lilas, sino un dolor nervioso, producto de las tensiones, de los temores del día, del golpe que a cada instante asesta la ciudad; dolor que no debería nunca volver a sentir...

Lilian era una niña mimada. En el curso. No en su casa. El hecho de ser la única mujer

le otorgaba ciertos privilegios. Podía, por ejemplo, llegar a una prueba sin saber nada y sacar, sin embargo, buena nota. Todos habríamos hecho cualquiera cosa por ayudarla, burlando la cercana vigilancia del profesor que fuera. (Un profesor puede creer que es también un vigilante, un guardia, y que si se lo propone no habrá flojo que se salga con la suya. Pero siempre será burlado, siempre se las arreglará el delincuente; el que no tuvo tiempo, el impúdico o el simple aventurero, el que prefiere arriesgar, para meter su gol, copiar una pregunta de aquí, otra de allá. El profesor debiera sabérselo de memoria, porque también fue alumno. Pero lo olvida.) Todos hacían lo que ella les pidiera. Uno le traía un plátano. Otro un sandwich. Otro una flor. Otro le hacía los dibujos.

Ella no abusaba. Pero se sabía regalona y se gustaba regalona, también. Por eso, haciéndoles caritas a los profesores, lograba a veces lo que a uno de nosotros podía costar su buen alegato. Que una nota fraccionada subiera y no bajara; que no se tomara en cuenta el "uno" de la interrogación oral en que habíamos sido sorprendidos; que postergaran una prueba. Había sólo dos profesores a quienes jamás intentó sobornar con su sonrisa, con su fresca coquetería. Porque tenía intuición. Va-

rela y De la Jara, aunque por distintas razones, eran inflexibles.

Los profesores la querían y también la mimaban. Salinas hasta tuvo su disimulado *flirt* con ella y durante un paseo se besaron, apartándose del resto. Pronto fueron hallados y les resultó imposible proseguir. Eso fue antes de aquella tarde en que nos unió un boleto de Lotería. Porque después ya no se besó con nadie más. Creo. Ahora sé que nunca se sabe.

A Lilian le gustaba ser centro. Ser objeto de atenciones, de intereses eróticos y deseos. Lo que no quiere decir que cediera a cuanto requerimiento le saliese al paso, sino que se las arreglaba más bien para atizar el chispazo cuando prendiera, mantener encendida la llama de ese interés. O del amor. Por eso Salinas, que en aquel paseo logró besarla una vez, una sola vez tras unas rocas, y que nunca más volvió a lograr nada, anduvo medio loco, mirándola embobecido, haciendo su clase para ella, como si todos los demás no existiéramos, buscándola en el patio durante los recreos, buscando siempre su proximidad estéril, en una entrega total, finalmente sin exigencias.

En su casa era todo lo contrario. Nadie la mimaba. No porque no la quisieran. Había demasiados quehaceres, preocupaciones. Y estaban, además, las dos menores. Y el menorcito.

(Al fin había nacido el hijo-hombre, para tranquilidad de don Pedro, que se había propuesto no cejar, no cejar hasta que viniera el niño. El ingeniero. El matemático.) Por esos días, además, el contacto de Lilian con su casa era mínimo. Se limitaba a los fines de semana y a las vacaciones. Hasta la costumbre de ir a misa había desechado —uno de los pocos paseos con su madre—, después de una serie de peleas en que acabó por imponerse. Por hacer respetar sus ideas, que habían cambiado, o se hallaban, al menos, en trance de cambio.

Porque Lilian tenía cierta capacidad analítica, cierta facilidad para racionalizar. Acaso por eso no tardó en dejar primero la confesión, después la misa. Pero al decir que no tardó, no pretendió hacer creer que no hubiera por su parte una defensa ruda de sus creencias. (Felipe y yo habíamos decidido ya que la religión era una patraña y no teníamos pelos en la lengua para predicarlo. Aprendimos que los dos elementos básicos de toda religión son, primero, la creencia en un orden superior que gobierna los destinos del hombre y, segundo, el intento del hombre por complacer a ese orden a fin de ganarse su favor. Es decir, claramente, una teoría y una práctica. Sin la práctica, pues, no existe religión, sino sólo

teología. No bastaba entonces creer. Y los creyentes que nosotros conocíamos no practicaban. ¿Es que pensaban que por su fe quedarían limpios de pecado? ¿Qué era entonces de las palabras de Santiago: "Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma"? ¿Y todas las fornicaciones, los adulterios, los hurtos, la transgresión de uno u otro mandamiento, quedarían así borrados de un plumazo por dos padrenuestros o tres avemarías?) Quiero sólo implicar que Lilian cambió. Más por esa capacidad analítica que poseía que por mi escaso poder dialéctico. Lo digo porque en ocasiones posteriores me ha sido deplorablemente imposible lograr que ciertas personas comprendan siquiera algunos de los conceptos que hoy considero fundamentales.

El asunto religioso verdaderamente la preocupó y fue tornándose serio problema desde que nuestras relaciones nos llevaron a cometer actos que su doctrina denomina pecados, cuando un domingo por la mañana, faltándole valor, omitió al sacerdote varios detalles que posiblemente le hubieran merecido sanciones morales.

No fue, sin embargo, suficiente insistir en la hipocresía que implicaban hechos como los del pecador impenitente absuelto de sus

fechorías mediante el acto de confesión y la promesa nunca cumplida de no volver a cometerlas. Tuvimos Felipe y yo que tragarnos varios estudios y hasta un libro para llegar a la raíz misma del problema. Y la encontramos. Por lo menos para resolver la duda. Si la religión trataba de atraer los favores de aquel ser supremo descubierta, ¿no implicaba con ello que el curso de la naturaleza debía ser elástico, ya que podía ser variado por un dios? ¿Obraban entonces a conciencia las fuerzas regentes del mundo? Para la religión sí. Para la ciencia no. Para la ciencia el curso natural estaba determinado por leyes invariables que actuaban mecánicamente. Entonces, ¡la ciencia y la religión eran fuerzas antagónicas! No podían coexistir en un solo espíritu.

Y no coexistieron en Lilian. Ella tenía una clara inclinación a la ciencia y ya por entonces pensaba dedicarse a la biología, sueño que su matrimonio con Felipe hubo de frustrar por completo. Pero no fue un proceso breve. Porque lo que irracionalmente hemos aprendido siendo niños no es fácil de desalojar, aunque sea mediante el uso de la razón.

Todos, sí, creíamos en algo. Era preciso creer, aferrarse a toda costa, con tesón, a una creencia. Pero a esa edad, por nosotros las

creencias pasaban y se iban como la brisa. Sólo más tarde terminarían de asentarse. Hoy, Felipe seguirá creyendo en el dinero. Varela seguirá creyendo en los valores del hombre. Todos seguirán creyendo en algo.

Yo creo que ya no creo. Mis dioses —el amor, la amistad— me jugaron sucio. Y quisiera, sin embargo, quisiera encontrar a Varela, ver el mundo con su optimismo y su limpieza.

Lilian, pues, dejó primero de confesarse, y luego, de asistir a misa los domingos. Y cuando supo —ya sin dudar— que lo hacía con plena convicción, que no había arrepentimiento, se sintió feliz.

Pero como muchas de las palabras que se pronuncian obedecen no siempre a creencias, sino a costumbres firmemente arraigadas, podemos entender mejor que aquella tarde, mientras yo permanecía desesperado entre vestidos y chaquetones y mientras Mrs. Conn salía llena de agitación tras escuchar las palabras alarmantes de Floridor, haya dicho, dejando escapar el aire no en un suspiro, sino en una especie de asombrado y mudo silbido de verdadera angustia:

—¡Quiera Dios que no le pase nada!

¡Ahora para qué sentimentalizar! Cuan-

do pronunció esa frase, ya estaba creciendo el germen. La angustia —o algo— me lo dijo. Ese temblor acaso imperceptible de la voz —yo lo capté— me lo dijo, En aquel momento ella temió, como si por un breve instante las emanaciones de su mente se hubiesen comunicado con las de esa otra persona que, echada flojamente sobre su cama, leía a Séneca. Temió irracionalmente, ya que ni siquiera podía saber (tan sólo intuir) que Felipe se hallaba en peligro.

Y en ese instante yo también temí. Temí, como si también mis ondas se hubiesen juntado a las de ellos para comprender. Temí a la fugaz visión que tuve de lo que habría de ocurrir muy pronto: el derrumbe de aquel sólido edificio que creíamos haber construido. Porque tuve la visión de nuestro lazo roto, de mi retirada vencido de aquella casa a la que ya creía pertenecer, en la que se me había llegado a estimar, pero en la que sin embargo —y eso aún no lo sabía— no se me consideraba en la posición que yo creía ocupar, porque no se podía pensar como futuro marido de Lilian en un inútil, en un ser sin aptitudes para nada, en un aplanador de calles, como era yo. Temí y en mi temor revivió aquel momento en que Felipe, el pirata tuerto, más rápido que mi

pausada decisión, asestó una bofetada a Jack. Y volví a temer, con un temor más intenso, cuando habiendo salido Mrs. Conn de la pieza y yo de mi guarida capté la aflicción dibujada en el rostro de Lilian, la aflicción que la hizo repetir :

—¡ Dios santo, que no le pase nada!

Y tuve, también más intensamente, la visión del edificio en ruinas al ser tragado por la tierra. La noción de haber perdido otra vez una apuesta. De haber sido otra vez estafado. La sensación, que nunca me abandona, de ser apenas como un cero a la izquierda.

—Lilian, ¿qué pasa?

—No pasa nada. No pasa nada.

—¡ Qué pasa! ¡ Qué pasa! ¡ Cómo que nada! ¡ Qué! ¡ Dilo! —Le así con violencia ambas muñecas. Luego la remecí.

Pero esas preguntas no serían contestadas con palabras, sino con los ojos. Con esos ojos donde, amén de cierto dejo melancólico, predominaba el temor.

Una lenta y densa tristeza me oprimió el corazón. Acaso la tristeza que me hizo decir, al unirme aquel atardecer de primavera en el patio arbolado a las otras personas que contemplaban el fuego, situándome al lado de Varela :

—Ojalá quedaran sólo cenizas.

La tristeza que se había apoderado ya de mí totalmente al escuchar una respuesta conocida, como extasiada en las llamas :

—¡ Ni siquiera cenizas!